



DESPUÉS
de
VERTE

Mhairi McFarlane

SEDA ROMÁNTICA

LIBROS de
seda



Copyright de la fotografía © Privado

Mhairi McFarlane nació en Escocia en 1976 y desde entonces se ha pasado la vida explicando a todo el mundo como se pronuncia su nombre. Vive en Nottingham, donde trabaja como escritora *freelance* y, a ratos, como bloguera. Disfruta del buen vino, la comida y las compras de ropa; todas ellas, aficiones impresionantes. Vive con un hombre y un gato. En 2013 ganó el premio RoNA a la mejor novela romántica contemporánea con *Nada más verte*.



En **Nada más verte**, aquel que desapareció de su vida regresó... pero ¿qué sucedió después?

Una vez juntos, luego se separaron. Rachel y Ben vivieron muchos altibajos hasta llegar aquí. Ahora, juntos y enamorados otra vez, todo lo vivido les parece que ha valido la pena. Sin embargo, cuando alguien que había desaparecido de la vida de ambos vuelve a aparecer, los problemas regresan. ¿O no? ¿Serán, al final, felices para siempre?

DESPUÉS DE VERTE

Mhairi Mcfarlane

Libros de
seda

Después de verte

Originally published in the English language by HarperCollins Publishers Ltd. under the title *After Hello*.

© Mhairi McFarlane, 2017

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Conversión en epub: booqlab

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-16973-26-2

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

PRÓLOGO

Entonces...

Son las once y cuarto de una típica y lluviosa noche de viernes en Manchester. Salvo que esta noche no tiene nada de típica y tengo la sensación de que todo lo que hay más allá de las ventanas salpicadas por la lluvia de mi apartamento, de la iluminada noche de la ciudad, está lleno de magia, esperanzas y promesas... aunque también es cierto que puede que esté un poco borracha.

Sobre la mesa de café de esta céntrica vivienda llena de espejos y luces, que más bien es una oda al «postureo», hay esparcidos varios recipientes de aluminio de comida *dim sum*, porque cuando entramos a trompicones por la puerta no me dio tiempo a llegar al frigorífico. (Mi madre diría: «No se te ocurra tocar ese arroz tres delicias, ¡a estas horas estará pasadísimo!».) Sinceramente, no sé a quién quisimos engañar yendo al restaurante en vez de venir directamente aquí.

Es nuestra primera noche juntos —la segunda, si nos ponemos quisquillosos, aunque Ben no se quedó a dormir después de aquella aciaga noche de hace tantos años— y estamos en la inmensa cama que hay en mi apartamento, que ahora ya no parece tan grande, acurrucados y con las piernas enredadas mientras escuchamos el tenue murmullo del tráfico y de los transeúntes, disfrutando de un momento de felicidad perfecta.

No soy capaz de recordar nada de la conversación que hemos mantenido durante la cena, solo las innumerables veces que nos hemos sonreído como tontos, el jugueteo que nos hemos traído con la comida y las manitas que hemos hecho debajo de la mesa. Sí, básicamente un comportamiento abominable. Pero entonces nos han traído la cuenta y le he dicho a Ben:

«¿Quieres que vayamos a mi casa?». A lo que él me ha respondido: «Mejor no, he tenido un día muy largo. ¿Pero te apetece acompañarme algún miércoles a ver un combate de lucha libre de WrestleMania? En el despacho tenemos contratado un palco privado».

Durante un instante me lo he tragado, pero después nos hemos partido de risa por lo mala que era la broma. Entonces he pensado: «Nunca me cansaré de él. ¿De verdad está pasando? ¿Por fin somos pareja? Es tan natural y raro a la vez...».

Teniendo en cuenta la expectación que sentíamos, al principio estábamos muy nerviosos, hasta que Ben golpeó sin querer con el codo una porción de Pollo General Tso cuando nos besábamos en el sofá. Mientras nos reíamos al ver el parche rojo radioactivo, decidí ir directa al grano.

—¿Y si dejamos de preocuparnos porque todo sea perfecto? Me basta con que esto esté sucediendo.

—Estaba esperando que dijeras eso —respondió él, empezando a desabrocharse la camisa manchada. Aquella visión trajo miles de mariposas a mi estómago—. Así tengo la oportunidad de cumplir o superar las expectativas. —Me reí, encantada de la vida—. En serio. Estoy de acuerdo. No tiene por qué ser perfecto. Ya lo es.

Sí, no teníamos por qué preocuparnos.

—¿Crees que hemos cambiado mucho desde los veintiuno? —pregunto mientras disfrutamos de la tranquilidad poscoital.

—Pues... ¿En qué sentido? Tú has sobrepasado de sobra los buenos recuerdos que tenía, si te refieres a eso.

—¡No a eso! En general. —Aunque me alegra que no me haya dicho que ahora tengo el cuerpo más flácido o algo por el estilo. Eso sí, todo hay que decirlo, la iluminación de este apartamento es bastante tenue.

—Eso espero —repite él—. Cuando vuelvo la vista atrás y me acuerdo de esos años, me daría de tortas.

—Yo tampoco era mucho mejor.

—Sí que lo eras. Eras fiel a tu novio y una chica decente, honesta, tan del norte que a veces se hacía molesto; alguien que no estaba a punto de huir con el bravucón de Londres.

Ben tiene una habilidad extraordinaria para entenderme, para ver lo mejor de mí por encima de todos mis defectos.

—Bueno, has sido demasiado generoso —digo.

—Es fácil ser el hombre más generoso del mundo cuando estoy contigo

en la cama. Ya sabes a lo que me refiero —ironiza, alzando y bajando un par de veces las cejas.

—Oye, que no eres el más generoso...

—¡Cierra el pico, bruja! —grita él. Empezamos a reírnos—. No, en serio —continúa—. Tampoco sé el tipo de novio que hubiera sido en esa época. Además, estaba de viaje. Imagínate que ese hubiera sido nuestro viaje inaugural. Sufrí un incidente con una letrina en Camboya que estoy seguro hubiera provocado nuestra ruptura fulminante.

Vuelvo a reírme, aunque no puedo evitar preguntarme si es cierto eso que acaba de decir o solo estamos intentando consolarnos. ¿Ha sido mejor que pasaran diez años sin vernos después de aquella noche? ¿Seguiríamos enamorados si no hubiéramos separado nuestros caminos? Y ahora aquí está, a mi lado. Después de todo este tiempo y contra todo pronóstico. Le rodeo con el brazo para demostrarme una vez más que sí, que es de carne y hueso y que está aquí conmigo de verdad.

Me emociona pensar en el futuro que, por fin, tengo por delante con él, aunque también me da un poco de miedo. ¿Qué fue lo que dijo Caroline sobre mi eterna obsesión con Ben? Que la vida que creía haberme perdido con él era perfecta porque era una fantasía, y era una fantasía porque era perfecta.

—Caroline y Mindy estuvieron conmigo en esta misma cama...

—¿En serio? —Me acaricia el pelo.

—Se quedaron a dormir cuando hice la fiesta de inauguración del apartamento.

—Ah, sí —comenta Ben con un suspiro.

Durante un instante nos quedamos callados, intentando superar en silencio la incómoda situación en la que nos hemos puesto al recordar que la última vez que Ben estuvo aquí fue con su ex mujer. Puede que yo no sea la causa directa por la que lo dejaron, pero tampoco ayudé mucho.

—Esa noche Caroline me dijo que, si hubiéramos estado hechos el uno para el otro, lo que hubiera tenido que pasar habría pasado cuando estábamos en la universidad. En ese momento me sentí desolada. Mi corazón me decía que sí estábamos destinados a estar juntos, aunque la lógica estuviera completamente en contra. Y ya sabes, también la ética.

Ben sigue callado y me preocupa que le resulte desagradable que haya sacado a colación, precisamente en este momento, su malogrado matrimonio.

—En realidad, no sé qué significa eso de estar destinado a hacer algo, ¿no te pasa lo mismo? —termina diciendo después de un rato—. Sugiere que

hay alguna especie de entidad superior que ha trazado un plan y que nuestra vida tiene que desarrollarse conforme a ese plan, sin que podamos intervenir mucho en ello. Si lo piensas, es bastante deprimente. Si las cosas están destinadas a suceder, en realidad no tenemos ninguna libertad.

—No sé si es eso exactamente. Tal vez solo significa que, si algo se estropea, es porque hay razones más profundas que las que uno reconoce.

—¿Así que cambias tu historia por completo y dices que no te gustaba lo suficiente? —Ben se ríe.

—¡No! Yo qué sé. No quise decir que hubiera ninguna razón. Ojalá no hubiera sacado el tema.

Me abraza.

—Puedes decir lo que te dé la gana. Ya hemos sufrido bastante por todo lo que no nos hemos dicho.

Le devuelvo el abrazo.

—Lo que pasa es que todavía me asombra que tengamos otra oportunidad.

—A mí también —indica él. Después, me rodea con el brazo y continúa —: Lo que sucede es que a una parte de ti le preocupa que no seamos almas gemelas. Que solo seamos un par de amigos que se conocieron en la universidad y que todavía se atraen y que al final toda esta «increíble historia de amor verdadero» termine fatal.

—Sí, puede que se trate de eso. —Sonrío.

—Pues prefiero que las cosas vayan mal contigo que bien con cualquier otra persona. Creo que eso es bastante romántico, ¿no te parece, doña Angustias?

—Dios, eso es, ¿verdad? —digo—. No importa. ¿No dicen eso de que cuando uno se enamora perdidamente a veces lo hace contra toda esperanza? Es fácil pasar por alto la parte de «contra toda esperanza».

—He aceptado tu potencial falta de esperanza como pareja —dice él.

—Lo mismo digo.

—Y ahora vuelve a besarme como antes y después dime que no somos almas gemelas.

Eso hago y, efectivamente, no puedo decírselo.

CAPÍTULO 1

Dos años después...

Aunque siempre pensamos que la boda de Mindy sería a lo grande nunca imaginamos que habría nada en ella que tuviera que ver con la cetrería.

Estamos los cuatro —Mindy, Caroline, Ivor y yo— celebrando nuestra «cena de los jueves» en The Grill On The Alley, que básicamente es como uno de esos restaurantes de comida americana TGI Friday pero un poco más sofisticado.

Se trata de una tradición semanal para ponernos al día que Caroline y yo instauramos cuando Mindy e Ivor empezaron a salir juntos. Por mucho que nos alegráramos por ellos, no queríamos que se creara ninguna facción y nos pareció una buena forma de: 1) asegurar el estado democrático de los cuatro como amigos en igualdad de condiciones y 2) no tener que estar pensando qué hacer de cena una vez por semana.

De todos modos, al final, no era necesario que nos preocupáramos porque fuera a producirse ningún desequilibrio; todo lo contrario, que sean pareja ha conseguido que sean más ellos mismos si cabe. Mindy continúa comportándose como un arcoíris sin sentido y él sigue siendo hetero y su mayor admirador (ahora ya no tan en secreto). No hacían más que provocarse el uno al otro hasta que se dieron cuenta de que estaban enamorados.

Las últimas Navidades, Ivor le propuso matrimonio y, aunque rebotamos alegría por los cuatro costados, también fuimos conscientes de que estábamos a punto de sumergirnos en una espiral de absoluta locura. Por Mindy, por supuesto.

—Estaba pensando... —dice Mindy, mientras empuja el filete por todo el plato bajo la tenue iluminación que está tan de moda.

(Desde el anuncio del compromiso ha estado siguiendo varias dietas. La última, la del Paleolítico.

—¿Hacían las mujeres prehistóricas puré de patata? —le ha preguntado al camarero que la ha mirado confundido.

—El que introdujo la patata en Inglaterra fue *sir* Walter Raleigh —le ha explicado Ivor—. Unos pocos años más tarde.

—Oh, Dios mío, sí. Lo recuerdo de aquel capítulo de *La víbora negra*. ¿No inventó también la bicicleta?)

—...que en el gran día quiero que mi anillo lo traiga un ave de presa — anuncia sin más.

Ivor escupe el sorbo del martini de manzana que acaba de beber.

—No estoy seguro de que sea el momento adecuado para ponerse a recrear escenas de *Juego de Tronos* —comento.

—¡Lo digo en serio! —insiste Mindy—. Hay sitios donde puedes conseguir que un ave de presa descienda volando desde el tejado. Lleva el anillo en el pico y aterriza sobre la mano del novio en el altar. En la página web aseguran que proporciona un espectáculo inolvidable.

—Ni hablar —dice Ivor—. No quiero formar parte de un espectáculo inolvidable, gracias. Ni que ningún loro desquiciado me arranque la mano con sus garras y los chorros de sangre salpiquen a los invitados mientras todo el mundo grita. ¡Jesús, Mindy, es una boda, no una exhibición de cetrería!

—¡No te va a arrancar ninguna mano! —se queja Mindy—. Te pondrán uno de esos guantes gigantes estilo Michael Jackson. ¿Te parece más seguro si pedimos una lechuza?

—¡O una paloma! —intervengo yo—. Puedes atraerla con una patata frita.

Caroline y yo empezamos a reírnos mientras nos tiramos trozos de patatas y arrullamos como las palomas.

—Mindy —dice Ivor, frotándose las sienes—. ¿En serio has estado pidiendo información a alguna empresa sobre esta tontería de las aves de presa?

La susodicha sorbe con timidez de la pajita que lleva su té helado Long Island y lanza una mirada que yo definiría como furtiva.

—El otro día pasé cerca del castillo de Peckforton y me paré...

—¡¿Qué pasaste cerca del castillo de Peckforton?! —brama Caroline—. ¡Pero si eso está en Cheshire!

—Más bien fuiste directa al castillo, ¿verdad? —agrego yo.

Ivor se pone la cara entre las manos.

—No me estáis ayudando nada —nos dice Mindy a Caroline y a mí.

—¿Qué fue lo que acordamos desde el principio? —señala Ivor—. Que no haríamos nada sin consultarlo primero. No vamos a casarnos en un castillo, Mindy. Aparte de por lo caro que es, porque casarme como una estrella de fútbol me pone de los nervios. ¿Qué será lo siguiente? ¿El Rolls-Royce Ghosts y la corbata de seda en color crema?

—¿Tampoco podemos tener un vehículo decente? —lloriquea Mindy—. Ah, claro, ¿por qué no llego en uno de esos escúteres de movilidad reducida con banderines en la espalda?

Ivor, abatido, se excusa para ir al baño.

—Anda, haz como en prisión, quítale el cinturón y los cordones primero, para que no se suicide —bromeo.

Caroline y yo nos reímos, aunque a Mindy no parece haberle hecho mucha gracia.

—¿Por qué está siendo tan cascarrabias? ¡Dejad de animadlo!

Caroline posa una fría palma en el brazo cubierto de seda azul de Mindy. (Tenía la esperanza de que se casara de ese luminoso color pavo real que tiene registrado su empresa familiar de textiles, pero nos ha dicho que su vestido es de un tono crema; y nos lo ha dicho porque no ha dejado que la acompañemos a comprarse el vestido de novia. Además, según ella, «ya disfrutaré de los rojos y dorados en la ceremonia hindú que hagamos después en la India».)

—Mi querida y amada Parminder —empieza Caroline—. No te dejes deslumbrar por ningún castillo, águila o puto cuchillo para cortar la tarta; algo que me fastidia sobremanera es haber pagado incluso antes de que me divorciara. Sé que organizar una boda es emocionante, pero solo dura un día que, además, pasa volando. Hazme caso, te aseguro que, a la mañana siguiente, no quieres despertarte y encontrarte con que debes treinta mil libras en tarjetas de crédito. Lo único que te apetecerá será disfrutar de tu luna de miel libre de deudas.

—¡Sí!, va a ser una boda increíble hagas lo que hagas. La mejor —le animo yo. Ya sabéis, tiene que haber un poli bueno y un poli malo. Y Caro ha sido muy astuta al mencionar lo de su divorcio, así aliviará un poco (por su propio bien) el estado febril en el que parece estar sumida Mindy.

—Pero quiero hacer algo diferente —replica Mindy con un mohín—. No quiero la típica sala de reuniones con sillas con fundas que hemos visto un

millón de veces. Y con esto no me refiero a que eso no esté bien, pero no es algo personalizado.

—Entonces necesitas un lugar que puedas decorar y adaptar a tus gustos —sentencia Caroline.

—¿En serio? —pregunta Mindy dudosa—. No quiero nada en plan baile de granero. Dios mío, ¿os conté que mi primo Nuvvy celebró su trigésimo cumpleaños en un centro social? Había un tablón de anuncios con un retrato robot de un agresor sexual con perilla que andaba suelto por Cheadle Hume. Desde luego no se respiraba un ambiente muy festivo que digamos.

—Lo entiendo —digo. De pronto, me viene la inspiración—. ¿Qué me dices del Victoria Baths en Chorlton? Uno de los redactores del periódico escribió un reportaje sobre el lugar y parece un sitio estupendo. Es de estilo *eduardiano* pero puedes decorarlo como te plazca. En realidad te casas en la piscina de azulejos.

—¿En bañador?

—No, está vacía.

Mindy ya ha sacado su iPhone y está buscando en Google información sobre el lugar con una rapidez de vértigo.

—Oh, por todos los santos. ¡Me ENCANTA, Rach!

Caroline me guiña un ojo, enviándome el tácito mensaje de «bien hecho», Mindy suelta unos cuantos grititos de alegría y yo me hincho como un pavo por la idea tan magnífica que he tenido. En ese momento, Ivor regresa del baño.

—Oh, Dios, ¿y ahora qué? —dice él.

Le respondo levantándole el pulgar. Después de ver unas cuantas fotos, Ivor también parece entusiasmado. Es mucho más acorde con su presupuesto y es un sitio que está de moda pero sin que resulte vomitivo. Estoy tan complacida que si pudiera me echaría un polvo a mí misma.

—Y ahora, en cuanto a la despedida de soltera... —comienza Mindy. Caroline y yo nos miramos aterrorizadas e Ivor suelta una carcajada.

CAPÍTULO 2

—¡Creo que deberíamos irnos a Miami! —exclama Mindy.

Caroline se echa hacia atrás.

—A menos que haya un Miami en un radio de trescientos kilómetros no cuentas conmigo.

—Caro, ¡se trata de «mi» despedida! Se supone que tienes que dar el todo por el todo.

—Sí, y eso haremos, pero no cruzando el Atlántico, ¿verdad, Rachel?

—Pues...

—Tenemos que hacerla una semana antes de la boda, ¿no? —pregunta Caroline a Mindy.

—Sí.

La despedida tiene que celebrarse en una fecha próxima a la boda porque sus parientes de la India no pueden permitirse el lujo de hacer más de un viaje a Europa.

—Si haces una despedida larga te arriesgas a tener *jet lag* el gran día. Imagínate. Cansada. Sin energía para beber y bailar. Con la cara hinchada en las fotos —dice Caroline, fingiendo una mueca.

Veo que Mindy no quiere ceder tan rápido, pero sé que Caroline se acaba de anotar un tanto.

—Mmm... Está bien. Bueno, mi segunda mejor idea es.... —Alza los ojos, abre la palma de las manos en el en el aire y hace un gesto imaginario —... el «MINDYFESTIVAL». Una despedida de soltera en plan festival. Alquilaré algún lugar en el campo y nos pondremos botas de agua Hunter, gafas de sol Ray-Ban Wayfarer y comeremos salchichas caseras, sidra, té con bollos, mermelada y nata. ¡Incluso podemos contratar una banda!

—Creo que no te da para Daft Punk, querida. Con tu presupuesto, tendrás que conformarte con algo un poco más cutre —señala Ivor.

—Me estaba preguntando si a Rhys le interesaría tocar —dice Mindy, tanteando el terreno.

Me quedo fuera de combate durante un instante.

—¿Quieres que le pida al arisco de mi ex y a sus compañeros que den un concierto en tu despedida de soltera? Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Pero si os llevabais bien —comenta Mindy.

—Si nos encontramos de frente, por supuesto que nos saludamos, pero no estamos deseando emborracharnos juntos los fines de semana.

—De acuerdo, lo entiendo. —Mindy asiente con vehemencia—. Aunque también me preguntaba si Rhys incluiría en su repertorio canciones de Taylor Swift.

Ivor se mete una servilleta en la boca, Caroline niega con la cabeza y yo me quedo sin saber muy bien qué decir. Mindy siempre ha tenido un lado bastante simplón, ¿no se estará volviendo majareta del todo con este asunto de la boda?

Escuchar el nombre de Rhys me ha provocado un nudo en el estómago. No le echo de menos, aunque me siento un poco rara al imaginármelo viviendo con su nueva novia; bueno, ahora no tan nueva. Lo que sí que tengo clarísimo es que no quiero irme de fiesta con él.

—Mindy —dice Caroline con tono severo—, haremos una escapada de fin de semana. Sé que quieres ser original, pero la línea que separa lo innovador de estar como una puta cabra puede ser muy fina.

Sé que Caroline está dando la cara por mí, y lo aprecio, pero también veo lo afectada que se ha quedado Mindy y no tengo ni idea de cómo continuar la conversación, así que se produce un incómodo silencio. Menos mal que Ivor decide romperlo al cabo de unos segundos.

—Los mini dramas de Mindy han eclipsado el anuncio que quería haceros de la canción que he elegido para nuestro primer baile —dice—. ¿Creéis que habrá algún problema si «el Elvis de Macclesfield» canta *Bitch, Don't Kill My Vibe*?

—¡«El Elvis de Macclesfield»! La discusión sobre si lo contratábamos o no fue el detonante para que cancelara mi boda —digo, antes de considerar siquiera que podría estar dándome un bajón.

De nuevo un silencio incómodo.

—Mierda, Rach, lo siento. No estaba pensando —se disculpa Ivor.

—Oh, no te preocupes, no me molesta —repongo yo.

Lo que es casi cierto.

CAPÍTULO 3

—¡Hola, cariño! ¡Ya estoy en casa! —grito con excesiva energía (gracias a los cócteles de ginebra que me he tomado durante la cena) cuando entro.

—Estoy aquí. Arnold vuelve a estar enfermo —anuncia Ben desde la cocina. Hace seis meses, para celebrar que acabábamos de convertirnos en los orgullosos propietarios de una vivienda, Ben y yo adoptamos unos gatitos.

En realidad queríamos solo uno, pero la encargada de la tienda hizo una excelente labor a la hora de convencernos. «Son hermanos. No podéis separarlos. Se adoran», nos dijo mientras contemplábamos cómo un pequeño atigrado mordisqueaba los cuartos traseros de una bola de pelo negra que se quejaba furiosa.

«¿Convencernos?», dijo Ben, cuando regresábamos a casa en nuestro automóvil con una caja de la que salían un sinfín de maullidos—. «Más bien ha sido una imposición. Pero si ni siquiera son hermanos. Son como Schwarzenegger y DeVito en *Los gemelos golpean dos veces*. Esto ha sido un dos por uno en toda regla.»

Después de tres sidras observándoles arañar como locos las cortinas, nos pareció gracioso llamarlos como los protagonistas de esa película: *Arnold* y *Danny*. Además, de ese modo también hacíamos un guiño al apodo que Ben me puso en la universidad. (Nos conocimos mientras él plastificaba mi carné de la residencia y, al darse cuenta de que había fracasado estrepitosamente a la hora de regular la altura del asiento del fotomatón, haciendo que quedara mucho espacio en blanco por la parte de arriba, me comparó con el famoso cómico conocido por su pequeña estatura.)

Arnold, el atigrado, es como un pozo sin fondo a la hora de comer. *Danny*, el negro con una pata blanca, se pasa todo el día durmiendo y tiene la misma cara que un mono vampiro.

Me encuentro a Ben agachado, limpiando los fluidos gástricos del

felino. Lleva puesta una sudadera gris con capucha que en una ocasión le comenté que me parecía del estilo «año sabático del príncipe Harry» (me miró como si me perdonara la vida). Sigue teniendo la misma mandíbula cuadrada y ese aire a modelo que cuando nos conocimos. Yo sigo sin poder domar mi pelo, así que supongo que seguimos igual.

—Es uno de sus típicos vómitos llenos de materia verde —informa—. Sigue sin darse cuenta de que no le sienta bien la dieta vegetariana. ¿Qué tal la cena?

—Bien —respondo—. Siento llegar tan tarde.

Le dije que llegaría sobre las nueve y son casi las once.

—No es tan tarde. ¿Te lo has pasado bien? ¿Cómo van los preparativos de la boda? ¿Te preparo una taza de té y me lo cuentas?

Me relajo, aunque ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tensa.

Me ha resultado sorprendentemente difícil deshacerme del fantasma de las continuas peleas que tenía con Rhys. Los reflejos están tan arraigados que cada dos por tres tengo que recordarme que Ben no discute por todo y que ya no respiro un ambiente cargado de una irritación permanente.

Ben y yo no hemos discutido en serio en los dos años que llevamos juntos, ni una sola vez. (Quitando la de Ikea, que soy de la opinión que todos deberíamos tener). Antes, cuando oía comentar a alguna pareja que apenas se peleaba me parecía imposible. Ahora sé lo que es eso.

Ben me acompaña hasta el dormitorio principal. Después de que se pasara varios meses prácticamente viviendo en mi apartamento de Northern Quarter, echando a perder su alquiler, encontramos este adosado de estilo victoriano en Chorlton con el que tuvimos muchísima suerte, pues lo compramos por un precio bastante asequible teniendo en cuenta la calle arbolada en la que estaba situado, la época de construcción, la elegante decoración y la solidez de la estructura.

—Seguro que es una casa encantada o algo parecido —dijo Ben.

—Por el precio que tiene podemos permitirnos contratar a un exorcista —repuse yo.

Resultó ser de una pareja joven de Twickenham que sufrió dos robos durante el primer mes de irse a vivir allí y no llegaron a superarlo. Querían largarse cuanto antes.

—Rach trabaja en un periódico local, cubriendo los procesos del Tribunal de la Corona, está curada de espanto —explicó Ben, mientras con esa sonrisa suya tan educada no decían a las claras: «¡Compradla!

¡Compradla ya!». Nos dejaron un sistema de seguridad tan blindado que hasta en el número 10 de Downing Street lo hubieran tildado de excesivamente agorero.

Ben pone el agua a hervir y escuchamos el sonido del hervidor mientras nos desplomamos en el sofá el uno al lado del otro.

—Hueles al cigarrillo electrónico de Mindy —me dice, enterrando el rostro en el cuello del abrigo que no me he quitado todavía.

Mindy no ha fumado en la vida, pero por alguna razón que se nos escapa a todos, hace poco se ha comprado uno de esos esos aparatos alegando que «el de vainilla tenía buena pinta».

Le cuento a Ben lo de su idea de usar un ave de presa en la boda y se muere de risa.

—Oooooh Mindy, no va a cambiar nunca. Imagínate si esa cosa termina cagándose sobre los invitados mientras sobrevuela sus cabezas. —Nos echamos a reír. Y entonces me suelta algo que me provoca un cortocircuito en el cerebro—. Ah, por cierto. Hoy he visto a Rhys. Me ha dado un mensaje para ti.

Me enderezo.

—¿Qué?

Ben asiente.

—Me lo he encontrado cerca de Arndale.

—¿Y cómo ha sido?

—Pues más o menos así. Me ha dicho: «Vaya, eres tú». —Ben se sienta, alza los puños y baja la barbilla, imitando tan bien la fanfarronería estilo Gallagher de Rhys que me echo a reír a pesar del recelo que siento—. Se ha interpuesto en mi camino, me ha señalado con el dedo y me ha espetado: «Eres el mayor capullo del mundo por lo que hiciste, aunque espero que estés cuidando de ella».

Hago una mueca de dolor.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Aunque, para ser justos, si yo fuera él, también creería que soy el mayor capullo del mundo, robándole a su chica de ese modo. De todos modos, le dije que yo también esperaba estar cuidándote. Lo único en lo que podía pensar era que no había forma de que tumbara a ese tipo en una pelea, pero al menos soy abogado y sabía que la zona estaba bien cubierta por cámaras de vigilancia.

Me río nerviosa.

Rhys y yo rompimos en su momento por nuestros propios motivos, pero después de eso, mi ex creyó que yo había estado secretamente enamorada de Ben durante gran parte de nuestra relación y, como era de esperar, aquello no fue de gran ayuda. Para él, la amistad que tuve con Ben, y que él toleraba como algo platónico, se terminó convirtiendo en una amenaza latente. No le culpo porque se sintiera traicionado, aunque después me enteré que él tampoco había sido precisamente un ángel.

—Entonces el encuentro dio un giro extraño...

—¿Qué? ¿Cómo?

—Bueno, me dijo: «Dile a Rach que Claire y yo vamos a casarnos en septiembre. Puede que te resulte raro, pero me encantaría que viniera a la boda, aunque eso implique que también tengas que venir tú.

Intento asimilar la bomba.

—¿Y qué le has dicho?

—Que gracias y que te lo diría. Después, cada uno hemos seguido nuestro camino. —Tira de la capucha de la sudadera hacia abajo y se levanta para preparar el té.

—Madre mía —digo yo.

Me siento un poco rara, tanto por la boda como por la invitación.

—¿Crees que deberíamos ir? —pregunto en cuanto regresa y me ofrece una taza.

—¿Lo preguntas en serio? Yo desde luego no. Si ni siquiera diría que mi invitación fue efusiva, más bien fue una forma de decirme: «Ella puede venir, pero si tienes un mínimo de decencia, tú no deberías presentarte». Le faltó darme un abrazo a lo Tony Soprano. Uno de esos de «acabo de ordenar tu muerte».

—¿Y yo qué? ¿Tampoco debería ir?

Ben me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres ir?

—¡No!

—Entonces, ¿para qué vas a ir?

—Porque él quiere que vaya.

—Rach. Una de las cosas que conlleva esto de ser adulto es darse cuenta de que un «no quiero» es motivo suficiente.

—Lo sé, lo único que me he quedado un poco impresionada porque quiera que vaya, eso es todo.

Ben se pasa una mano por el pelo.

—O también puede que esté intentando demostrar algo. «¡Mira qué feliz soy!» «¡No has ganado!»

—No —repongo categóricamente—. Rhys es un gruñón como la copa de un pino, pero no es rencoroso. No pensaría así.

—Si tú lo dices. Lo conoces mucho mejor que yo. Aunque me parece bastante raro.

Tengo la sensación de que Ben esperaba alguna respuesta socarrona por mi parte a la invitación de Rhys y le ha descolocado un poco que me haya planteado siquiera la posibilidad de ir.

—Da igual, sentaría un precedente y luego tendría que venir a nuestra boda —digo para romper un poco la tensión, sacando la lengua. Espero que Ben se ría, pero se limita a hacer una mueca y a poner los ojos en blanco.

—¡Bah! Dudo que a ninguno de los dos nos apetezca volver a pasar por todo ese rollo del anillo.

Silencio. Me he quedado un tanto desconcertada.

Ben se da cuenta de la cara que estoy poniendo.

—...pronto —añade.

—¿En serio?

—¿Qué? ¿Tú sí quieres?

—Bueno... Supongo que no.

—Oh, mira, aquí viene la pareja de *Corrupción en Miami* —dice Ben cuando los gatos entran juntos y nos maúllan. ¿Es mi imaginación o se ha quedado bastante aliviado al ver que la irrupción de los gatos le ha permitido cambiar de tema?—. Sí, sí, ya sé que queréis vuestras golosinas. —Se separa de mí y se pone de pie.

Esbozo una sonrisa como si me hubiera puesto el piloto automático, aunque por dentro tengo un extraño nudo en el estómago. Después, ya tumbada en la cama, estoy mirando al techo, escuchando la profunda respiración de Ben mientras se duerme. Me pregunto si Rhys propuso matrimonio a Claire de una forma completamente diferente a como hizo conmigo, que más bien fue un capricho étílico basado en el prosaico sentido de «el tiempo pasa, hagámoslo». Espero por su bien que así fuera. ¿Resolverían el asunto del grupo de música frente al *DJ*?

Y Ben ha dicho que no le apetece en lo más mínimo pasar otra vez por «ese rollo del anillo». Lo entiendo, él estuvo casado, yo solo tengo un compromiso roto a la espalda. Tampoco pensé que me fuera a molestar tanto; supuse que, en algún momento, nos gustaría hacerlo. Creí que él también

querría. Sin embargo, ahora me está diciendo que no tiene ningún interés y me siento un poco desamparada.

No es justo, me digo a mí misma. Una proposición de matrimonio no es ninguna medida del amor que siente por mí, no es algo que se ponga en los términos y condiciones del contrato. Y la última vez, tampoco llegué a pasar por el altar. Ben sí que lo hizo antes. Además, teniendo en cuenta que ya hemos hablado de intentar tener hijos en un futuro próximo, creo que es suficiente. ¿De verdad necesito un trozo de papel que lo haga oficial?

Voy a tener que ponerme en contacto con Rhys y decirle que, aunque me parece todo un detalle que quiera que vaya a su boda, no sería apropiado y que les deseo lo mejor. De pronto, me viene a la cabeza otra idea: ¿habrá estado su novia de acuerdo con esto? Si yo fuera ella no me gustaría que la ex del que va a convertirse en mi marido estuviera presente en mi boda como si de una bruja mala se tratara. Aun así, me emociona que, después de todo, a Rhys le importe lo suficiente como para querer que le acompañe en un día tan señalado, a riesgo de sentirse un tanto incómodo e incluso de tener que tolerar la presencia de Ben.

Como periodista, estoy acostumbrada a diseccionar una historia hasta dar con los datos más destacados e interesantes. Le doy una y mil vueltas a todo hasta obtener lo relevante. Y esta noche, por ridículo y trivial que suene, y por primera vez, Rhys se ha comportado conmigo de una forma mucho más romántica que Ben.

Abajo, oigo a un gato vomitar.

CAPÍTULO 4

Es una verdad universalmente reconocida en la vida de un treintañero que uno de los mensajes que más ilusión puede hacerte recibir de tu pareja es aquel que te envía una tarde, a mitad de semana, para decirte:

Me da mucha pereza cocinar esta noche, ¿y a ti? ¿Te apetece que salgamos a cenar por ahí?

Una cena sorpresa de esa índole te hace la misma ilusión que la Navidad cuando eres un crío. O como cuando la calefacción se estropeaba en pleno invierno y te decían en el colegio que tenías que irte a casa. (El elemento sorpresa es lo que marca la diferencia. Una cena planificada o uno de esos días en los que ya sabes que no hay colegio, aunque los profesores sí que estén obligados a ir, no sientan tan bien como lo otro).

Estoy respondiendo con una sonrisa, mostrando mi categórica aceptación a la propuesta de Ben, cuando Pete Gretton, el corresponsal que vende cualquier noticia al mejor postor, irrumpe en la sala de prensa del tribunal atusándose su maraña de pelo color zanahoria y trayendo consigo un ligero tufillo a cigarrillos Lambert & Butler.

Como siempre, viene con el teléfono pegado a la oreja:

—...me estás sirviendo un menú degustación de diez platos y cada uno de ellos está hecho de mierda. —Una pausa—. Y los vinos de la cata saben todos a orín.

Owen y yo intercambiamos una enorme sonrisa de oreja a oreja. La costumbre de Gretton de entrar en la sala de prensa ladrando una florida retórica a cualquiera que sea el receptor se ha convertido en una fuente de placer entre mi compañero del *Manchester Evening News* y yo. Owen está convencido de que en realidad no hay nadie al otro lado de la línea. Yo estoy esperando que llegue el día en que, de repente, el teléfono empiece a sonar mientras finge estar hablando con alguien.

Owen O'Reilly vino hace seis meses de Belfast de trabajar en *MEN* y eligió el no muy codiciado puesto de ser mi compañero permanente en el tribunal.

He de reconocer que, al principio, tampoco me hizo mucha gracia su llegada. Desde la dramática salida de esa serpiente traidora de Zoe, que me vendió, robándome una historia que, además, me trajo consecuencias en lo personal, he tenido una procesión de principiantes con los que he mantenido las distancias. Y Owen ya tenía experiencia.

—¿Por qué querrá trabajar conmigo en este agujero? —pregunté en la mesa de la sala de prensa.

—Tal vez ha visto una foto tuya —gruñó Gretton al fondo. Puaj, Gretton. Una de las ventajas de haber pasado de los transcritores a la era de Internet es no tener que escucharle dictar sórdidas historias con tono lascivo.

Obtuve la respuesta a mi pregunta el primer día que vino a trabajar aquí, cuando me dijo con ese encantador aspecto desaliñado y su suave acento de Irlanda del Norte: «Si te soy honesto, llevo las noticias en la sangre, pero soy demasiado viejo (el capullo tiene veintiocho años) para estar llamando a más puertas. Me conformo con tener un asiento en primera fila que me pueda reportar historias de calidad».

Y que me aspen si no es bueno en su trabajo. Además, desde el punto de vista laboral, es el compañero de mis sueños: competente, divertido, con principios y no especialmente ambicioso, y con el claro objetivo de pisar el *pub* a las seis en punto. Ah, y siempre se encarga de traer la cafeína necesaria al día siguiente.

Gretton, un hombre para el que el acrónimo PC todavía se refiere al policía de más bajo rango de Reino Unido, suele poner su voz a lo Gerry Adams cada vez que está cerca de Owen y finge murmurar al auricular de un teléfono imaginario: «Tienes treinta minutos para desalojar el edificio».

—Qué gracioso, soy irlandés, así que me dedico a poner bombas a la gente, Pete —replica Owen—. No dejes que esa burda broma insensible, pasada de moda y que estamos hartos de oír desde hace más de veinte años te impida desatar tu sentido del humor.

A lo que Pete responde normalmente agarrando su cartera y diciendo en voz alta: «¿No quiere una taza de té?», imitando la voz de la señora Doyle, la famosa ama de llaves irlandesa de la serie *Padre Ted*.

—Menuda pieza está hecha Esther Cowley de Salter & Rowson —empieza a decir Owen, mientras me ofrece una patata con forma de aro que

yo rechazo. La sala de prensa es para los cotilleos, las quejas y los lamentos. Y también para los tentempiés.

—Oh, ¿sabes que ese es el despacho en el que trabaja mi novio? —comento, distraída.

—Sí. Y la encantadora Esther es una de sus acérrimas seguidoras —comenta Owen, enterrando la mano en la bolsa de patatas—. Le hablé de él, en esa época dichosa en la que nos llevábamos bien, cuando no quería que me despellejaran y colgaran mi cadáver en la entrada del edificio.

—¿Una seguidora? —Me pregunto si Ben es tan bueno en su trabajo como para tener seguidoras. A ver, no me cabe ninguna duda de que es un buen profesional, pero no creía que fuera el dios del *rock* de los abogados de la zona.

—Sí, creo que dijo que Ben Morgan era una «estrella ascendente y una delicia para la vista» y se ruborizó como una colegiala. Me confesó que estaba loca por él. Le dije: «¿Sabes que tiene novia?». Y ella respondió: «Nadie es perfecto». —Owen lanza un aro al aire y lo atrapa con la boca.

—Vaya —señalo con satisfacción aunque también un poco molesta. Ahora sí estoy prestando atención. Por lo visto sí es el dios del *rock* de los abogados—. ¿Y por qué quiere que te despellejen?

—Te acuerdas del escándalo de la hermana gemela. Pues era su cliente.

—Ah, es verdad.

A veces, tenemos que decirle a algún compañero fotógrafo que está esperando en la calle quién es el acusado de alguna causa. El proceso, sin ningún rigor científico, conlleva siseos en plan: «¡MIRA, ESTÁ AHÍ!» «¿DÓNDE?» «EL QUE LLEVA LA AMERICANA AZUL MARINO». El fotógrafo se acerca corriendo y planta la Nikon frente a la cara del sujeto en cuestión que intenta taparse como puede o le manda a paseo... o ambas cosas.

Durante su primer mes en el puesto, Owen cometió el error que todos tememos: se equivocó de persona y señaló a la hermana gemela de la acusada. Algo que, *a priori*, podría eximirle de culpa. El problema era que no eran idénticas.

Aquello le costó al periódico una buena suma por daños y perjuicios, pero Owen afrontó la metedura de pata con el coraje y la decencia que todos deberíamos mostrar más a menudo. Después de acudir a la sala de prensa y reconocer su error, pidió perdón personalmente a todos los afectados, pero Esther Cowley (que representaba a la verdadera acusada) se volvió loca. Aunque todavía no tengo el gusto de conocerla, sospecho que debe de ser

joven y tener poca experiencia, por lo que no sabe distinguir cuando algo se hace sin intención a cuando quieres hacer daño a propósito.

—¿Y ahora qué le has hecho?

—¿Conoces el caso del merodeador de la universidad? Pues lo lleva ella. Intenté que me proporcionara algo de información sobre el acusado después del aplazamiento, pero me miró impasible. La llamé después y me dijo que había dado órdenes a todos los miembros del departamento criminal para que no hablaran conmigo bajo ningún concepto. Ahí me he dado cuenta de que sigue cabreada por lo de la foto, pero todos cometemos errores. Lo pasado, pasado está. Ya pagamos por eso.

—Me parece una reacción un poco exagerada. Claro, como los abogados nunca meten la pata... —ironizo. Cuando cometen una injusticia contra alguno de nosotros, nos apoyamos mutuamente.

—¿A que sí? De modo que le dije que debíamos echarnos una mano entre todos para que no se produjeran más errores. Entonces ella empezó a preguntar que por qué debería ayudarme y a decir que vaya un trabajo más asqueroso que tenía. Ahí fue cuando pensé: «Owen, no pierdas los nervios y maneja el asunto con calma».

—Bien hecho.

—Sí, eso fue lo que pensé, pero luego le dije que a mí no me pagaban por poner en libertad a un perverso para que volviera a la calle a acechar a adolescentes en sus residencias. A partir de ahí todo fue cuesta abajo.

Me echo a reír. Periodistas y abogados, ¡qué poco nos queremos! Excepto Ben y yo. Por suerte, se dedica al Derecho de Familia, así que nunca tendremos que vernos las caras en lo profesional. Tomo nota mental de sacar el asunto a colación durante la cena. Quizá Ben pueda decir algo que suavice tanta tensión. Puede que tenga suerte si es verdad eso de que a Esther le tiemblan las rodillas ante la mención de su nombre.

—Estos putos abogados —farfulla Gretton al otro lado de la sala—. Todos creen que son una especie de Atticus Finch, de *Matar a un ruiseñor*. Atticus Mierda, diría yo.

—Bien dicho —comenta Owen antes de sonreírme.

Más tarde, Owen y yo nos estamos despidiendo a la salida del tribunal cuando veo a Ben acercarse por la calle.

—Ah, aquí viene el que me va a dar una alegría esta noche —suelto, pero me sonrojo al instante porque lo que menos quiero es hacer ninguna broma subida de tono con Owen después de nuestra conversación sobre «la

delicia para la vista» que es Ben.

Él sonríe ligeramente incómodo.

—Oh, ¿ese? Es muy... ¿qué palabra usa mi madre en estos casos? Guapetón. Sí, muy guapetón.

—Ni se te ocurra decírselo que ya se lo tiene muy creído —bromeo.

—Gracias por el aviso. Estaba a punto de decirle: «Hola, amigo, estás muy macizo» —dice Owen, haciendo una mueca. Su acento hace que todo lo que diga resulte aún mucho más divertido.

Owen y yo nos estamos riendo cuando Ben llega hasta nosotros.

—Buenas tardes —dice sin un atisbo de sonrisa en los labios.

—Ben, te presento a Owen, el compañero del que llevo tanto tiempo hablándote. —Hago un gesto hacia Owen—. Owen, este es Ben.

—Hola —dice Ben con brusquedad. Apenas le dirige una leve mirada antes de centrar su atención en mí. Mientras Owen le dice: «He oído hablar mucho de...», Ben empieza a hablarme como si no le hubiera escuchado.

—¿Nos vamos ya?

—De acuerdo —respondo yo, avergonzada por su falta de modales. Me despido de Owen, que me mira de forma neutra y educada, y espero hasta que nos alejamos lo suficiente como para que no pueda oírnos.

—Has sido un poco borde, ¿qué te ha hecho Owen para que lo trates así?

—Hoy se ha comportado como un capullo con Esther —indica él—. Y no estoy de humor para aguantar a uno de los tuyos.

—¡No es verdad! —digo indignada—. ¡Ni mucho menos! ¡Esa mujer es una bruja!

—¿Qué? —Ben se detiene en seco y se da la vuelta—. No empieces a calificar a alguien a quien no conoces. No es ninguna bruja. Es una persona estupenda.

—No llames tú a Owen «uno de los míos» de esa forma tan despectiva. La tal Esther no hace más que ponerle palos en las ruedas.

—Ah, sí, definición periodística de palos en las ruedas: que no te den exactamente lo que quieres, cuando lo quieres.

—Oh, perfecto. ¿Y qué vas a decir cuando me trate del mismo modo que ha hecho con mi compañero? ¿Seré «otra de los míos»?

Ben no dice nada. Simplemente baja la vista hacia la calzada y continúa caminando. En ese momento me doy cuenta de que nuestra velada juntos acaba de irse a pique.

CAPÍTULO 5

La cuestión es que, como hasta ahora Ben y yo no hemos tenido una pelea importante, no sabemos cuál es nuestro estilo de proceder en estos casos.

Después de seguir discutiendo un poco más durante el trayecto, nos hemos sumido en un terco medio silencio sobre los platos de raciones de El Rincón y la conversación se ha vuelto un tanto artificial con frases del estilo: «¿Qué tal tu madre?» «Bien» / «Le he dicho a mis padres que vengan a comer, ¿te parece bien?» «Sí, estupendo».

Rhys y yo teníamos nuestra propia rutina: pasábamos de los gritos al enfurruñamiento y nos calmábamos antes de la cena porque a ninguno nos gustaba quedarnos con hambre. Luego, y a pesar de lo que dicen las voces más expertas en estas lides, nos íbamos a la cama enfadados y al día siguiente, después de unos cuantos mensajes acalorados desde nuestros respectivos trabajos, dábamos por zanjada la discusión porque queríamos llegar a casa tranquilos.

Era una especie de pelea en escalada: si yo llegaba hasta el nivel cinco, Rhys lo llevaba hasta el seis y, si había razones suficientes, yo lo elevaba hasta el siete. Y así continuábamos *in crescendo* hasta que a uno de los dos ya no le apetecía seguir. Ben no es así. Ben se enfrenta a mi sonora indignación con una furia acerada pero contenida. Es tremendamente inquietante, la verdad.

—¿Qué tal el chorizo? —pregunto.

—Rico, ¿quieres un poco? —responde con tono neutro.

—Estoy llena, gracias.

Más silencio. Un camarero se acerca a la mesa y rellena nuestras copas; un gesto que agradecemos con una tensa sonrisa mientras pensamos en qué decirnos a continuación.

Maldita sea.

—Mira, sé que no te queda otra que ponerte de parte de Esther, pero te prometo que Owen no es ningún chapucero que va por libre como Gretton.

—Creo que es mejor que dejemos ese asunto, ¿no te parece? —dice Ben, mirándome fríamente desde el borde de su copa de vino.

—Pero es que no lo estamos dejando. Estamos aquí sentados con un cabreo de padre y muy señor mío.

El ángel de mi hombro me susurra «olvídalo, no merece la pena». Pero el demonio me dice «¿por qué?». (Lo cierto es que la sangría le está echando una mano al demonio.)

—Se me da bien juzgar a las personas. Te lo prometo, Owen no es un mal tipo y, a pesar del... malentendido que haya podido tener con Esther Cowley, seguro que no fue su intención enfrentarse a ella.

Me felicito a mí misma por haberme mostrado tan diplomática y llamarlo «malentendido». Ben aprieta la mandíbula y me mira iracundo. Está tan guapo y tan... enfadado.

—Bueno, a mí también se me da bien juzgar a las personas y te digo que no ha sido ningún malentendido. Se ha comportado como un capullo y se ha mostrado muy grosero con ella. Que te caiga bien no significa que tenga razón. Yo estaba en la misma habitación que ella y la he escuchado mientras hablaba con él por teléfono, ¿puedes decir lo mismo?

—No, Owen me lo ha contado después. —Frunzo el ceño—. ¿Por qué se pone a hablar por teléfono delante de ti? Creía que estabais en departamentos distintos.

—Estaba en su despacho. A veces comemos juntos.

«Oh, vaya.»

—Nunca me has hablado de ella antes.

—No tenía motivo para hacerlo.

Ben juguetea con las patatas bravas que hay en su plato y yo intento calmar la irritación que siento porque se haya erigido como el caballero de la brillante armadura de la tal Esther mientras duda de mi capacidad para juzgar a las personas.

—Owen es mi amigo. Sé elegir bien a mis amigos...

—¿Y yo no? —replica él con brusquedad.

—Yo no he dicho eso, ¿pero crees que diría que alguien es de fiar cuando no lo es?

Ben me mira con una ceja enarcada.

—También dijiste que la última compañera que trabajó contigo era de

fiar y te traicionó a ti y a todos los que pudo sin ningún miramiento.

Tiene toda la razón del mundo. Un recuerdo muy doloroso que casi destruye mi carrera en un abrir y cerrar de ojos. Me acaba de poner en mi lugar y estoy que hecho humo. En mi trabajo, hay una horrible paradoja que dice que cuanto más aconsejable es que cierres la boca, menos te ayudan tus emociones a conseguirlo.

—Mmm, pues la última mujer que creías que era una persona fantástica fue tu ex mujer que resultó ser una auténtica zorra... —Mientras lo estoy diciendo me doy cuenta de que estoy a punto de abrir la caja de Pandora y añado rápidamente—... conmigo.

No sé si eso último servirá para minimizar los daños.

Parece que, desde que íbamos a la universidad, Ben y yo nunca nos hemos puesto de acuerdo del todo en lo referente a la elección de amigos y amantes.

Ben me mira con los ojos muy abiertos pero no dice nada. Es peor que si me estuviera gritando.

—¿Qué narices tiene que ver Olivia con esto? ¿Es que ahora te vas a poner a echarme en cara todo lo que se te ocurra? —sisea después de unos segundos.

Pues...

—Pero mirad a quién tenemos aquí. —Oigo decir a una elegante voz masculina a mi lado. Alzó la vista y me encuentro con la última persona en el mundo que quiero ver en este momento, con excepción de la Muerte.

CAPÍTULO 6

—Hola —saludo con los pelos de punta. Dios, espero que no haya oído nada de la discusión. El Rincón es un restaurante de techo bajo, muy acogedor pero repleto de mesas, y dada la cercanía con el resto de comensales, Ben y yo hemos estado hablando con el típico volumen británico de susurros elevados.

—Benjamin —dice el recién llegado, tan arrogante como siempre. Nos mira alternativamente a uno y a otro (aunque no se digna a devolverme el saludo).

—Hola, Simon —responde Ben, antes de tomar un buen sorbo de su bebida.

—Los tortolitos por fin juntos —señala Simon—. No me puedo creer que lleve tanto tiempo sin veros. ¿Cómo demonios estáis?

Después de que a Simon le suspendieran temporalmente del despacho en el que trabaja Ben, gracias a la ayuda inestimable de mi vil becaria, que escribió un artículo que terminó publicado en la prensa nacional, rechazó la oferta que le hicieron para que se reincorporase y decidió establecerse por su cuenta en algún lugar del Gran Manchester. Lo último que oí es que lo estaba haciendo bastante bien. Me sorprende no haberle visto más por el tribunal. Seguro que tiene a alguien que trabaja para él y lleva los asuntos penales.

Simon nos detesta tanto —a mí, porque está convencido de que jugué a dos bandas y le traicioné, y a Ben, por defenderme— que cuando se nos avería algún electrodoméstico o nos encontramos con algún excremento de perro en la puerta de entrada, hemos acuñado la frase de: «Esto es cosa de Simon».

—Muy bien, gracias, Simon, espero que tú también te encuentres bien. Si no te importa estamos manteniendo una conversación privada. —Es de admirar el tono tan controlado y calmado con el que responde Ben.

Simon no hace ni caso de la indirecta y decide centrar su atención en mi persona. Ahí es cuando me percató de que estaba tan pagado de sí mismo cuando se acercó a nosotros que no se dio cuenta de que Ben y yo estábamos discutiendo, de lo contrario ya estaría regodeándose. Sí, esta es una de las pequeñas alegrías que te da la vida de vez en cuando.

—¿Cómo te va en eso del periodismo? Porque supongo que te sigues dedicando a lo mismo, ¿verdad?

—Sí.

—Y al final conseguiste todo lo que querías. —Mira a Ben—. El ganador se lo lleva todo. Si mal no recuerdo me dijisteis que no había nada entre vosotros, increíble pensar que estuvierais mintiéndome, ¿no?

Intento pensar en otra cosa que no sea un «vete a la mierda», pero Ben se me adelanta.

—Simon —dice con el mismo tono de voz tranquilo—. Te he pedido de forma educada que nos dejes solos. Siento que aún estés dándole vueltas a este asunto, pero nosotros preferimos olvidar cualquier discrepancia de hace dos años. Este numerito de «Ah, por fin volvemos a encontrarnos» como si fueras Moriarty sobra. Disfruta de la cena.

Me resulta bastante irónico, teniendo en cuenta la razón por la que discutíamos; aun así, me parece una buena réplica.

—¡El plural mayestático! —se ríe Simon. Me fulmina con la mirada durante un segundo y luego vuelve a dirigirse a Ben—. Teniendo en cuenta lo que dejaste atrás, debe de ser un revolcón increíble. Es lo único que puede decirte.

Me quedo anonadada. Pero qué comentario más machista, rancio y cargado de maldad. ¿Acaso todo el mundo cree que Ben cometió una locura al dejar a Olivia por mí? Además, ¿quién usa hoy en día la palabra «revolcón»?

Ben echa su silla hacia atrás de inmediato y se pone de pie.

—Vuelve a insultarnos y te tumbo de un puñetazo —amenaza, manteniendo el mismo tono de voz bajo de antes. A continuación, echa un vistazo por encima del hombro de Simon, hacia una mesa que hay en un rincón con varios hombres trajeados que nos miran con curiosidad—. Veo que has venido con compañeros de trabajo o con clientes. Seguro que no te beneficia en lo más mínimo meterte en una pelea, con independencia del resultado.

—¡Qué caballeroso! —escupe Simon, pero se nota que tiene sus dudas.

Se queda mirando a Ben el tiempo suficiente para ver si va en serio, o para dejarle claro que no le tiene miedo, o por ambas cosas. Instantes después, suelta un resoplido desdeñoso y regresa a su mesa. Tengo la sensación de que los comensales que han estado pendientes de nosotros vuelven a lo suyo.

—¿Has terminado? —pregunta Ben, mirando mi plato de pimientos de padrón con un odio visceral.

Le respondo con un entusiasta sí.

En el taxi, de camino a casa, doy las gracias a Ben por defenderme.

—No tienes que dármelas —repone sin ninguna emoción con la mirada fija en la ventanilla.

En otras circunstancias, que Ben hubiera dado la cara por mí como lo ha hecho me habría reconfortado enormemente; en estas, me siento un tanto avergonzada.

«Teniendo en cuenta lo que dejaste atrás.» Simon siempre ha sentido algo especial por Olivia, la ex mujer de Ben, pero que me denigre de esa forma, precisamente enfrente de Ben y justo cuando yo misma acababa de desprestigiarla hacía tan solo un instante.... Duele. Me he sentido pequeña y sucia.

Tiene que ser cosa del karma que la primera vez que mantenemos una pelea de verdad, que ha empezado por el supuesto comportamiento de mierda de un periodista, tengamos que encontrarnos con Simon, que una vez me decapitó verbalmente por ser una periodista de mierda. En esa ocasión Ben confió en mí y se puso de mi lado. Ahora, mientras contemplo cómo mira con furia a través de la ventanilla e intenta mantener las distancias conmigo, me pregunto si se arrepiente de haber tomado esa decisión.

Y Simon tampoco iba mal encaminado al pensar que desempeñé un papel importante en todo lo que sucedió. Ben sabía que a pesar de los errores que hubiera podido cometer, nunca tuve intención de hacer daño a nadie, pero en este momento ese razonamiento puede parecer demasiado endeble. Fui una ingenua con Zoe y ahora Ben cree que también lo estoy siendo con Owen. (¿Será verdad? ¿Es posible que Owen tenga una vena rencorosa que no soy capaz de percibir? Por muchos remordimientos que me entren, tengo que reconocer que es perfectamente posible.)

Esta noche no es el momento adecuado para recordarle a Ben que esta

periodista consiguió que su ex mujer y su antiguo compañero de trabajo se convirtieran en unos enemigos implacables.

Sin embargo, cuando le veo meter la llave en la cerradura y teclear el código de ocho dígitos de la alarma, me doy cuenta de que tengo una objeción en potencia, bastante fundada y decente, contra Esther que no he mencionado. Debería dejar las cosas como están, pero no puedo resistirme a recuperar un poco de la autoridad moral que he perdido cuando se me ocurrió sacar a colación a Olivia sin venir a cuento.

—Mira, siento haber perdido los papeles y haberme excedido como lo he hecho —digo mientras Ben se quita la americana—. Por lo visto Esther comentó a Owen que se sentía atraída por ti. Me pareció muy poco profesional por su parte y desde luego no se ha ganado mi simpatía.

Ben, que se está aflojando la corbata, se detiene y frunce el ceño.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. Fue durante una conversación que mantuvieron hace un tiempo. Describió mi existencia como una lástima.

¿Estoy siendo justa? Ni mucho menos.

Ben hace una mueca.

—Dios, bueno... Eso ha sido algo bastante inadecuado por su parte y lo siento. No me di cuenta.

—Evidentemente ella y Owen se llevaban mejor de lo que lo hacen ahora.

—Sí, está claro —señala Ben consternado. Prácticamente puedo notar cómo cambia la opinión que tiene de ella.

Es un triunfo desprovisto de honor, pero un triunfo al fin y al cabo. Acudo a eso de la falsa generosidad para completar la jugada. Pero no me siento mejor conmigo misma.

—Para ser justos, seguramente fue un comentario intrascendente, pero me ha molestado.

—Por supuesto que lo dijo en serio. Solo tienes que mirarme.

Durante un segundo, me quedo contemplando la cara de póquer que pone Ben y la carcajada que le sigue. Después, sonrío con reticencia y siento un alivio enorme.

—Rach —dice, lanzando la corbata sobre el reposabrazos del sofá—. Supongo que Rhys y tú os dejabais la piel en cada pelea. Pero ¿qué te parece si tratamos de evitarlo? Podemos discutir sin necesidad de que vayáis a degüello conmigo.

—Sí, lo siento. —Me quedo un instante en silencio—. Estaba celosa porque te pusiste del lado de Esther, eso es todo.

Por fin un poco de honestidad.

—Yo también.

—¿Qué?

—El tal Owen parece estar muy interesado en ti.

—¡Pero qué dices! ¡En absoluto! —farfullo—. ¿Qué te ha llevado a pensar tal cosa?

—Me miró exactamente como yo solía mirar el automóvil de Rhys cuando me lo encontraba aparcado junto a tu residencia en la universidad. Con cara de «quiero tener un coche ya».

Sofoco un resoplido de incredulidad.

—Oh, venga —continúa él—. ¿Por qué crees que se pone a hablar conmigo de ella y después te va con el cuento?

—Bueno, según tú en eso consiste el periodismo. Además, ¿si podría ser su madre!

—¿Cuántos años tiene?

—... Veintiocho.

—Cierto, podrías ser su madre... si lo hubieras tenido a los cinco años.

Me echo a reír. Ben pone los ojos en blanco.

Pongo los brazos en jarras y hago una mueca.

—¿Así que Esther es estupenda?

—En su trabajo, sí.

—¿Es guapa?

—¡Protesto! ¡Es una pregunta irrelevante! Pero ya sabes lo que pienso, ¿verdad?

—¿No?

—Ven aquí, por favor —dice él.

No hace falta que me lo pida dos veces.

¿No dicen eso de que se atrapa antes a un mentiroso que a un cojo? ¿O eso de que cuando haces algo mezquino, la vida se encarga de devolvértelo a no mucho tardar?

Un poco después, estoy sumida en la oscuridad del dormitorio, incapaz de dormir. Enciendo el teléfono móvil y tuerzo el gesto cuando me da de lleno en la cara la luz de la pantalla. Me pongo a buscar en la página web del

despacho de Ben.

Porque eso de «¡Protesto! ¡Es una pregunta irrelevante!» es un sí, ¿verdad?

Voy a la sección de «sobre nosotros», pincho en el departamento de Derecho Penal, bajo por las letras de los distintos apellidos: A, B... C. Cowley. Esther Cowley.

¡Oh, por el amor de Dios! Es impresionante. No es que sea guapa, es preciosa. Tiene una melena larga de color castaño rojizo, unos rasgos delicados, la barbilla puntiaguda y ese brillo travieso en la mirada que solo lucen las personas muy atractivas cuando miran a cámara. Y encima se trata de una foto de empresa, donde, seamos sinceros, casi todos parecemos recién salidos de la prisión de Azkaban.

Me recuerda a alguien. ¿A una actriz? Entonces me doy cuenta de a quién. ¿Será posible o es solo producto de mi imaginación? Me recuerda a Olivia. Es como la delicada y rubia Olivia, pero modificada, como la protagonista de *Perdida* mientras está desaparecida.

Con el fin de comprobar mi teoría, y porque todavía no me he provocado el suficiente daño psicológico, decido buscar a Olivia en Facebook, algo que no he hecho hasta ahora. Me consta que cuando Ben y ella se divorciaron volvió a usar su apellido de soltera, pero no sé cuál es. Entonces mi cabeza se pone a trabajar —gracias, cerebro— y se me ocurre que puedo buscarla por medio de cualquier amigo en común que Ben y Olivia tuvieran de cuando vivían en Londres.

Consigo mi objetivo en cuestión de segundos. Pincho en su foto de perfil y me estremezco al contemplar su cara. La última vez que la vi me estaba gritando en una boda, en plena noche, al lado de un baño portátil. Aunque se trató de un malentendido, fue una situación complicada. En realidad fue culpa de Ben; no le contó lo de la noche que pasamos juntos en la universidad, o lo que significábamos el uno para el otro mientras estudiábamos la carrera. Entiendo perfectamente por qué me convertí en el objeto de su ira.

Le ha crecido el pelo y ahora luce una de esas melenas *bob* onduladas que, según las revistas de moda, puedes conseguir echándote un poco de espuma y dejándote secar el pelo bocabajo. Si yo intentará conseguir ese efecto y me hiciera una foto para subirla a Facebook parecería una adicta a los opiáceos a la que la policía acabase de arrestar. En la imagen muestra los hombros desnudos y bronceados y apoya la barbilla en la mano. Se la ve serena, como una de esas modelos deslumbrantes de los anuncios Olay con

las que no podemos competir ni mi grasiento flequillo ni yo.

«Teniendo en cuenta lo que dejaste atrás.»

Apago el teléfono y tiro de la manta hasta taparme a la altura del cuello. Me invade la inseguridad. ¿Por qué no empecé por comentarle lo de la supuesta atracción que Esther siente por él cuando era un punto a mi favor? Conozco la respuesta antes de hacerme la pregunta.

Porque no quería darle qué pensar.

CAPÍTULO 7

Llevo un tiempo pensando en cómo lidiar con la invitación de Rhys a su boda —si mandarle un correo electrónico, llamarle, o incluso quedar en algún sitio para hablar—, cuando el destino decide por mí. Y lo hace mientras sostengo un paquete de Tampax Pearl en la mano.

Estoy doblando una esquina en Boots, mientras me pregunto si me compro o no una bolsa de aperitivos bajos en calorías, cuando me encuentro a Rhys en toda su gloria de estrella del *rock*: despeinado, barba de tres días, cazadora de cuero, *jeans* y botas All Stars, estudiando con detenimiento la sección de cepillos dentales eléctricos. En realidad no es una estrella del *rock*, de día trabaja como diseñador gráfico en una empresa de marketing. En un principio, sus jefes intentaron que vistiera con traje, pero al final se dieron por vencidos.

—¡Hola! —saludo.

—¡Rach! —exclama sorprendido. Ambos adoptamos una postura de fría formalidad, para dejar claro que ninguno espera un abrazo o un beso como saludo.

—¿Cómo estás? —Me mira las manos.

—Oh, ya sabes —respondo yo—. Todavía sigo teniendo la regla y sigo odiando a la poli.

(Rhys solía recitar estrofas de Dr. Dre cuando llegaba de trabajar del Tribunal.)

Esboza una sonrisa tímida. También solía comprarme compresas, junto con un paquete de chocolates Minstrels y un ejemplar de la revista *Grazia*, que normalmente me entregaba diciendo: «Que nada te ponga de mala leche. Si te sientes con ganas de montar un escándalo, tómate una copa de vino rosado y ponte una película de Hugh Grant.»

Ahora somos dos personas del sexo opuesto que ya no compartimos

cama pero que sabemos perfectamente cómo es el otro desnudo, y estar con el período hace que sea muy consciente de que tengo un aparato reproductor. Como dirían los niños: «¡Puaj!». A Rhys no le veo tanto como un amigo, sino más bien como un padre.

—Tienes muy buen aspecto —digo. Y es verdad. Está más delgado y más radiante de lo que recordaba. Es como si fuera Rhys pero en alta definición.

Se frota ambas manos.

—¿Tienes tiempo para un café?

—¡Por supuesto! —respondo nerviosa, aunque con ganas de hablar con él.

Una vez sentados junto a la ventana en un Caffè Nero que hay cerca de donde nos encontrábamos, suelto de sopetón:

—Muchas gracias por la invitación a la boda. Me lo dijo Ben. Me encantaría ir pero no creo que sea adecuado. Es vuestro día, el de Claire y el tuyo, y no quiero ensombrecerlo de ningún modo.

Rhys asiente con la cabeza.

—Sí, no creía que vinieras, pero nunca está de más preguntarlo, ¿verdad?

—Sí. Ha sido todo un detalle por tu parte. —No sé si sentirme decepcionada porque haya cedido tan pronto. Quizá Ben tenía algo de razón cuando me dijo que no iba en serio, pero la verdad es que aunque solo haya sido un gesto, es algo que hay que tener en cuenta.

—¿Y bueno, qué tenéis pensado? —pregunto con tono animado—. ¿De vuelta a Piccadilly 21s, la discoteca más famosa de nuestros años jóvenes?

—La ceremonia será en el ayuntamiento —dice él un tanto avergonzado—. Como nosotros.

—¡Ah!

—Sé que podría traernos mala suerte, pero como nunca hubo boda...

—Sí, supongo que si no hubo boda no atrae el mal karma. —Me gusta que estemos haciendo esto cara a cara. Por escrito no hubiera sido lo mismo. En persona puedo ver que Rhys está siendo muy simpático y podemos bromear con la situación.

—La recepción la haremos en el hotel Great John Street.

—¡Qué bonito! —No tengo ni idea de cómo es, pero una actitud positiva es lo más educado en este momento.

—Sí, Claire se ha encargado de todo. Se le dan muy bien estas cosas. Yo

solo tengo que ir hacia al altar —sonríe.

«¡Qué diferencia a cuando estábamos juntos!» Supongo que su grupo no tocará en el baile y que por lo tanto no ha habido ninguna pelea al respecto. Bueno, aquellos que no aprenden de sus fallos del pasado están condenados a repetirlos.

—¿Cómo te va con Zac Efron?

Suelto una carcajada tan fuerte que las personas que hay a nuestro alrededor me miran con curiosidad.

—Ja. ¿Cuántos años tiene ese crío? ¿Quince? En todo caso sería con el padre de Zac Efron. Nos va bien, gracias.

Rhys vuelve a sonreír, contento por haberme hecho reír.

—En realidad no se parece a él, se acerca más al protagonista de esa gilipollez de película de dominación. ¿Cómo se llama? Ah, sí, *Cincuenta Sombras*. A Claire le gusta mucho. Me refiero al actor.

Ese comentario me demuestra que Rhys está encantado con Claire. Se nota que ya no está tan resentido; de lo contrario no admitiría tan alegremente que su novia encuentra atractivo a un tipo que se parece a mí hasta ahora odiado novio.

—¿Y vosotros no tenéis pensado casaros pronto?

—No. —Remuevo el café con la cucharilla y pienso que si él se ha mostrado tan abierto conmigo, también yo puedo hacerlo—. No creo que a Ben le apetezca mucho, con un divorcio a sus espaldas.

—Es una pena. Siempre pensé que serías una novia fantástica.

—Vaya. Gracias.

—Tienes esa cara natural perfecta para la ocasión. Y ningún tatuaje, ya me entiendes.

Me echo a reír.

—En realidad tengo uno en la espalda con la fecha de mi nacimiento en números romanos y la frase «Destilada en el Infierno».

—Me gusta. ¿Qué tipo de fuente?

—Art Dystopia. Es una letra estilo *heavy metal* dentada con aspecto demoníaco.

Rhys esboza una sonrisa.

—Si a ti te hace feliz, eso es lo importante. En serio, quiero que seas feliz, ¿lo sabes?

Hago un gesto de asentimiento y murmuro un «gracias, yo también quiero que lo seas». Cuando estábamos juntos, Rhys jamás se mostró tan

franco en el ámbito emocional. Es como reencontrarse con alguien que ha vuelto de un retiro espiritual, completamente calmado en vez de irascible por cualquier cosa.

Seguimos hablando sobre la compra de nuestras respectivas casas y banalidades como datos y poder adquisitivo de algunos distritos postales de Manchester.

—Supongo que vosotros viviréis en alguno de esos lugares tan a la moda —comenta Rhys—. Nosotros hemos tirado la toalla en ese aspecto. Quiero un jardín enorme para los niños.

Sonrío y no seguimos por esos derroteros; mi reciente compra ha dejado claro que no tengo noticias que dar a ese respecto. También es el único momento en que se burla de mí. Las elecciones de Rhys son las únicas correctas. Sé que después se dedicará a hablar mal de Chorlton con Claire: «Es el típico sitio donde mean colonia. Demasiado caro para mi bolsillo».

Nos tomamos nuestros cafés y salimos de la cafetería.

—Es un poco raro, ¿verdad? —dice Rhys en la calle—. Ambos somos felices. Aunque nos alegra vernos, todavía nos entra un poco de tristeza, pero no sabemos por qué esa melancolía si somos tan felices por separado. No es que no te eche de menos. Cuando veo rosquillas rellenas de crema de oferta en el supermercado siempre me acuerdo de ti.

Me rio.

—¡Una buena alternativa para la mermelada!

—Es como reventar un grano —dice Rhys, en la que seguramente sea la última vez en que rememoremos esta broma privada.

—Sí es una mezcla de felicidad y tristeza, pero me alegro mucho por ti. —Una voz en mi interior me dice: «No se te ocurra llorar»—. Lo hemos pasado muy bien juntos.

—Sí —reconoce con una sonrisa radiante.

Claire ha obrado un milagro en lo que a Rhys se refiere. Me quito el sombrero ante ella.

—Siempre serás mi compañera, Rachel —termina él.

—Lo mismo digo. Amigos para siempre. Y no me refiero a la canción.

Rhys me da una palmada en el hombro antes de inclinarse sobre mí y abrazarme con fuerza. Después se aleja y desaparece rápidamente entre la multitud.

Regreso al trabajo sumida en mis pensamientos. Estuve a punto de casarme con Rhys; ahora me doy cuenta del error tan grande que hubiéramos

cometido si hubiésemos seguido adelante. La idea me produce un alivio enorme, aunque también una melancolía que escapa a toda lógica. No quiero estar con él, pero una parte de mí siempre le echará de menos. Dios, tal vez solo se trate del síndrome premenstrual.

Cuando entro en el tribunal, oigo a Pete Gretton decir a voz en grito:

—¡Ahí está!

Me doy la vuelta y le veo al lado de Owen, que me lanza una mirada de socorro.

—Woodford, preciosa, te han sorprendido con las manos en la masa.

—¿Ah, sí?

—¿Con quién has pasado la hora del almuerzo?

—Comprando... —No, no voy a sacar a colación nada que tenga que ver con mi útero en presencia de Gretton—... comprando, ¿por qué?

Gretton suelta de inmediato un sonido similar a los que hacen en los concursos de televisión cuando la respuesta no es correcta.

—Más bien te has visto con tipos morenos y misteriosos. Eres toda inquietud, ¿verdad? ¿Qué pasa? ¿Que el mocoso con el que estás no te satisface lo suficiente?

—Oh, te refieres a Rhys —señalo—. Rhys es mi ex novio. Se va a casar con otra.

Durante un instante, Gretton parece abatido.

—Entiendo... ¿y todavía os lleváis bien?

—Sí. Lo siento, Angela Lansbury. De hecho, te pareces mucho a ella. Ya sabes, *Se ha escrito un crimen*. O un atroz asesinato sinsentido, como dirías tú.

Pete frunce el ceño. Para ser alguien que reparte más «regalos» que Papá Noel en Navidad tiene la piel muy fina.

—En realidad no he sido yo quien te ha visto, conejita, sino aquí la princesita irlandesa.

Owen parece avergonzado.

—Le mencioné que te había visto... eso es todo...

Me encojo de hombros y sonrío, aunque no puedo evitar pensar que tal vez Ben estaba en lo cierto sobre Owen.

Últimamente Ben está teniendo la mala costumbre de tener razón en muchas cosas.

CAPÍTULO 8

El año pasado, mi amiga Caroline decidió dar una segunda oportunidad a su marido Graeme tras enterarse de que había tenido una aventura con otra. No le encontré mucho sentido, pero tampoco entendí nunca por qué se casó con él, así que decidí no decir nada y apoyarla. Caroline es una persona muy sensata, aunque puede que fuera demasiado sensata a la hora de escoger marido, ya me entendéis.

Pero entonces, seis meses después de su reconciliación y de empezar una terapia en pareja, el padre de mi amiga falleció. Estaban muy unidos y a ella le supuso un duro golpe. Parecía estar en plena forma y, de repente, cayó fulminado por un ataque al corazón mientras arreglaba el jardín. Tenía sesenta y ocho años.

Como Caroline dijo la primera noche después del fallecimiento, en la que me quedé despierta con ella hasta el amanecer, parece imposible que una persona pueda terminar su existencia sin más. Cuando volvió del velatorio, dejó a Graeme. Con tranquilidad, sin montar ningún número.

—Rach —me explicó un día—, me hice la siguiente pregunta: si de pronto me diera un infarto de caballo y dejase este mundo, ¿de verdad habría aprovechado mi vida? Y me fue imposible obviar el hecho de que mi matrimonio no ha sido precisamente algo de lo que sentirme orgullosa. Todas esas razones que esgrimí para continuar con Graeme, sobre no tirar por la borda el estilo de vida que habíamos construido juntos, eran pura basura. Lo que de verdad me aterraba era el cambio. Y ahora todo ha cambiado de todas formas.

Vendió la enorme casa que tenía en las afueras y se fue de alquiler a un apartamento increíble en pleno centro de la ciudad. («A Graeme le ha sentado peor que no reinvirtiera en el mercado inmobiliario que el hecho de que le dijera que le dejaba.» Con eso os podéis imaginar cómo es Graeme.)

De los cuatro, Caroline era la única que tenía planificada su vida cuando íbamos a la universidad: quería un trabajo con un buen sueldo, un marido, hijos, perros labradores, una segunda vivienda y el Land Rover Explorer a los cuarenta. Ya había conseguido casi todo el paquete. Pero para asombro de todos, incluida ella misma, le encanta estar soltera. Dice que nunca volverá a tener ninguna pareja seria, solo relaciones esporádicas con un poco de sexo.

—Sinceramente, no encuentro ningún motivo para quitar los pelos del pubis de nadie cuando limpio el inodoro, salvo que ese alguien fuera absolutamente extraordinario. No tengo la necesidad de hacerlo. Si me hubierais dicho hace unos años que rompería con Gray una semana después de que mi padre muriera, os habría tomado por locos y os hubiera dicho que jamás lo superaría. Pero una se siente muy poderosa cuando sabe que sí puede superarlo. Después de eso puedes enfrentarte a cualquier cosa que se te ponga por delante.

—Muy bien, *Khaleesi* —dijo Ivor. Y después añadió que podía plasmar todo aquello en una serie de memes inspiradores, con atardeceres y cosas por el estilo.

Pero todos estamos muy impresionados y contentos por ella. Incluso se ha atrevido a hacer una breve incursión en Tinder. «Lo único que he aprendido es a no mirarlo mientras estoy esperando el tren para ir a trabajar. Todos los hombres atractivos que están por mi zona, minutos después están en Stockport.»

En todo caso, una de las costumbres de la «nueva Caroline» es salir a correr los sábados por la mañana. Sale al amanecer y va hasta el parque Platt Fields para luego volver. Casi me atraganto con el vino cuando me lo contó y le pregunté a santo de qué se estaba haciendo eso a sí misma.

Tras ensalzar las virtudes tanto mentales como físicas de dicha actividad con la misma devoción que si formara parte de una secta, me encontré diciendo: ¿Puedo acompañarte?». (Mindy saltó al instante: «Si vais a hacerlo las dos, entonces yo también me apunto. Es la norma. No podéis dejarme fuera».)

Ben es un deportista nato y disfruté sorprendiéndole con la noticia, todo en plan súper natural.

—¿En serio? —respondió él con una sonrisa de oreja a oreja—. Muy bien. Di a Caro que tenga prevista una parada para vomitar en los arbustos si la noche anterior has ido a Crabbies con tus compañeros periodistas.

Chasquéé la lengua indignada, pero la primera mañana que salimos a

correr juntas tenía tal resaca que pensé que moriría allí mismo.

Ivor se negó a unirse a nosotras.

—¿Patear las calles con un *slip* de licra rosa? ¿Con tres mujeres? ¡Por favor, que uno tiene su dignidad!

—No tienes que llevar un *slip* marca paquetes —replicó Caroline.

—¡Marca paquetes! Al mío lo llamarías marca monstruos. Eso es. Un monstruo enorme —bromeó, meneando sus características gafas de pasta. Ivor se parece al músico Moby pero el doble de ancho.

—Te olvidas de que ya no puedes decir ese tipo de cosas, cariño — indicó Mindy—. Una de nosotras ya le ha echado el lazo al premio.

Momento en el cual Caroline y yo nos tapamos las orejas y gritamos: «NO, NO, NO. GRACIAS».

—¿Lo ves? Prefieren no saber. Es la perfección en estado puro — bromeó Ivor.

Al final, acordamos que, cuando termináramos de correr, quedaríamos con Ivor para desayunar todos juntos. Ya sabéis, la teoría del palo y la zanahoria.

Es por eso por lo que un trío sudoroso de mujeres que parecen tres gambas rojas entra ahora mismo en el bar Moose, que ofrece unos desayunos mega *hipster*, donde nos espera Ivor con los cafés y los menús preparados. Tengo toda la intención de devorar un inmenso plato de patatas fritas en tiras, jalapeños y huevos, lo que sin duda reemplazará todas las calorías gastadas, o incluso más, pero me da absolutamente igual.

Mientras estamos discutiendo sobre si Mindy debe incluir a Caroline en My Single Friend (una página de citas para solteros) y entre los: «tienes que deshacerte de esa colección de cerámica de Emma Bridgewater que tienes», «¡me gustan mis tazas con lunares!», «pero si son unas mata erecciones», veo a una espectacular mujer con el pelo castaño rojizo sentada sola junto a la puerta, tomándose un café y una tortilla.

Al principio me fijo en ella simplemente porque es guapa, con el pelo recogido, delgada, con un fresco vestido veraniego y botines y su perfecta y diminuta nariz arrugada mientras lee *The Times*.

Supongo que puedo mirarla con total libertad, pero entonces me doy cuenta de que se trata de Esther, la compañera de Ben a la que estuve investigando la noche anterior, y de que, además, me ha visto y me ha reconocido.

Estoy segura de que no me lo he imaginado. Su cara de «oh, eres tú»

sobre su lectura lo ha dejado más que claro. Asustada, finjo estar mirando quién estaba entrando por la puerta que hay a su lado y vuelvo a centrarme en la carta, dispuesta a pedir mi desayuno.

Puede que Esther me conozca del tribunal. Solo porque yo no la haya visto no significa que ella no se haya fijado en mí; aunque lo normal es que suceda al revés, ya que los periodistas que cubrimos las noticias de los juzgados somos meros espectadores frente a los abogados, que son las auténticas estrellas.

Mmm, no. Me ha mirado como si tuviera un especial interés en mi persona y los reporteros como yo no despertamos una inmediata fascinación.

Sospecho que sabe quién soy por la misma razón que yo sé quién es ella: ha debido de hacer alguna búsqueda por Internet. Ben tiene un perfil en Facebook que nunca usa y en el que no sube ninguna foto, por lo tanto, sin son amigos por esa vía, no ha podido ver ninguna imagen mía. Pero sabe cómo me llamo, ¿me habrá buscado también por la red para sopesar un poco cómo es la competencia? Cuando uno se dedica a espiar, nunca se imagina que le pueden hacer lo mismo. Sinceramente, me gustaría que el karma no existiera.

Y cómo no, la primera vez que me ve en persona tiene que ser justo ahora, empapada en sudor, con una camiseta vieja y dada de sí, un sujetador deportivo que me aprieta tanto que podría hacer de chico en una obra de Shakespeare y un par de pantalones para correr que se me caen por detrás.

Cuando llega la comida, muevo el tenedor con más delicadeza de la que demanda mi apetito, no vaya a ser que esté haciéndome fotos sin que me dé cuenta para subirlas a algún grupo hostil y presentándome como: «Su novia, el monstruo de las galletas».

—Es curioso cómo hemos convertido los desayunos a media mañana en algo tan sibarita —comenta Ivor—. En un sitio con este diseño. Siento nostalgia y cierto patriotismo por los días en que o íbamos a un bar de mala muerte o nos metíamos en un McDonald's.

—Sí, se te ve muy nostálgico y patriota con esos huevos rancheros a la mexicana que has pedido —bromeo yo.

—Rememoremos esa gran tradición inglesa de los McDonald's —dice Caroline.

Miro de reojo a Esther y veo que se le ha unido una amiga. El estómago me da una voltereta y me doy cuenta de que está muy ocupada contándole a la recién llegada quién soy.

La amiga me mira directamente pero aparta la vista al instante, avergonzada porque la he descubierto. Esther también estaba mirando, pero disimula apretándose sutilmente la mano en la sien para taparse los ojos.

Maldita sea ella y la oferta que tienen en este sitio de beber todo el café que quieras y tantas veces como quieras, lo que implica que todavía estará aquí cuando decidamos irnos y que no me quedará más remedio que pasar con mi orondo trasero por delante de ella.

Cuando llego a casa, me encuentro con Ben poniendo la mesa en el comedor. Hoy vienen mis padres a comer desde Sheffield. (Se comprende que si uno sale a correr puede desayunar a lo grande, comer a lo grande y hacer cualquier otra tontería que se le ocurra.)

—He visto a Esther en la cafetería esta mañana —anuncio.

—Qué bien —dice Ben sin ningún interés.

—Parecía bastante pendiente de mí. Me ha señalado cuando ha llegado una amiga suya.

—Supongo que te ha reconocido de verte por el tribunal. ¿Tenemos cuatro vasos iguales a este?

—Sí, en el armario que hay sobre el fregadero. Nunca la he visto en el tribunal.

Ben se va a por los vasos.

—¿Y no podría haberte visto ella? —pregunta al volver—. Creo que, dado que prácticamente compartís el mismo espacio cuando estáis en el tribunal, no estamos ante un caso de *Misterios sin resolver*.

—¿Sabes lo que creo?

—¡No! ¿Qué? —pregunta Ben, haciendo una mueca de derrota con la que me niego a reírme para no restarle impacto.

—Creo que me ha debido de buscar por Internet como «sujeto de interés» porque estoy saliendo contigo.

Ben se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Pero, lo que es más importante, ¿qué más da? ¿Vas a cambiarte?

Miro lo que llevo puesto.

—No, solo voy a echarme unas gotitas del perfume de Britney Spears y lista.

—Mmm —dice Ben.

—¿Qué?

—Solo... —Se rasca el cuello y murmura—... me preguntaba si los

estándares de Esther serían...

Chillo y agito las manos, Ben se ríe e intenta besarme en el cuello mientras le doy un empujón. Después me voy arriba para ducharme y cambiarme.

La comida de los sábados es una buena tradición que hemos establecido desde que estamos juntos. Yo me encargo de prepararlo casi todo la noche anterior y Ben de «poner el trozo de carne en el horno a la hora señalada». A continuación damos de comer a mis padres y después mi madre arrastra a mi padre hasta los grandes almacenes House of Fraser para pasarse toda la tarde echando un vistazo a las ofertas.

Les oigo llegar mientras retiro el film transparente de la ensalada de patatas y la coloco en la mesa. Mi madre entra haciendo exclamaciones y soltando sus expresiones de cariño un poco más efusiva de lo normal. ¿Os he mencionado que adoran a Ben? Le quieren más que a mí. A mi padre le gusta decir que, si alguna vez rompemos y tienen que elegir, se quedarían con él.

Aunque también he de decir que la entrada de Ben en la familia no fue precisamente fácil. Mi madre todavía estaba de luto por la partida de Rhys y convencida de que me convertiría en una solterona. Ambos habían visto a Ben en la boda de una amiga de la familia, cuando todavía estaba con Olivia. Así que la frase de «me he liado con ese hombre casado» no fue música para sus oídos, aunque sí un poco más que «sigo cuesta abajo y sin frenos». Entonces le conocieron y fue amor a primera vista.

—He conseguido un poco de ese *whisky* que te gusta —dice Ben a mi padre—. Te lo puedes llevar luego, ya que el Lagavulin e ir al volante no son una buena combinación.

—Ben, tú tan guapo como siempre —comenta mi madre, mirando con satisfacción su elegante camisa azul claro antes de echar un vistazo a mi atuendo—. Mi hija, sin embargo, parece que vive dentro del tronco de un árbol. Tienes muchísima paciencia.

—¡Mamá! —exclamo, mirando el vestido azul marino que llevo, que tiene pegados unos cuantos pelos de gato. Bueno, también es de la marca Cath Kidston. No gusta a todo el mundo.

La comida va como la seda, ya que tenemos nuestra propia fórmula, tanto en lo que se refiere a los platos como a los temas de conversación. Que Ben sea abogado le hace ganar muchos puntos a sus ojos: es una profesión estable y respetable con perspectivas de futuro. Ben siempre se muestra extremadamente encantador con ellos, pero sin rozar la adulación. Estoy un

noventa por ciento orgullosa de él y un diez por ciento de «¿por qué te sale sin apenas esfuerzo?».

Las cosas solo se tuercen un poco con el bizcocho que he hecho para el postre (y no por culpa del bizcocho, sino por la receta de Nigella, la famosa chef británica).

Ben se pone a hablar de un caso que mis padres han visto en las noticias y les corrige con educación sobre un dato que ellos han sacado a colación.

—En realidad se le ha dado demasiada importancia. Sí, tenía todas esas armas, pero la mayoría pertenecían a su hermano. Lo que pasa es que no puede probarlo.

—¡Qué! —exclamo, soltando una carcajada—. Tenía un arsenal de aúpa, es uno de esos chiflados que se cree que el fin del mundo está cerca. Owen se encargó de esa historia.

—Chiflado —dice Ben con tono cortante—, el término comodín al que acuden los periodistas para referirse a cualquiera que hace algo que no entienden.

—¿Me estás diciendo que tú sí entiendes lo que hizo?

—Una compañera llevó el caso y cree que es una persona digna de lástima.

Mis padres hacen un gesto de asentimiento mientras recogen con sus cucharas un trozo de crema.

—Una compañera... —digo yo—. Ohhhhhh, entonces fue el famoso cliente de Esther Cowley, ¿verdad? Qué bien que sintiera compasión por alguien que apuntó a niños con un arma de fuego... cuando el sujeto en cuestión le estaba pagando los honorarios.

—¡Estupendo, sargento de la Brigada del Castigo y la Penitencia! Próxima parada, la prensa amarilla estilo *The Sun*.

La conversación empieza a volverse tensa, así que decidimos cambiar de tema. Mis padres se encuentran tan a gusto con Ben que prolongan la visita más de lo habitual. Cuando se marchan, ya no me apetece seguir discutiendo sobre el asunto.

Sin embargo, no me pasa desapercibido que ha vuelto a ponerse del lado de Esther. Y ya van dos veces.

CAPÍTULO 9

Cuando Mindy empezó a planificar su boda, lo veíamos todo muy lejano. Una fecha estelar, como dirían en *Star Trek*.

Ahora, la tenemos encima, y ocho de nosotras vamos en un minibús al aeropuerto de Manchester, para pasar dos noches en una villa portuguesa.

—Nos registraremos y después buscaremos el *pub* Ye Olde English para meternos cuatro pintas de cerveza entre pecho y espalda —dice Trish, la compañera de trabajo cincuentona de Mindy y que, a pesar de que Caroline es la organizadora oficial de la despedida, parece haberse erigido como nuestra organizadora particular—. Me pongo muy nerviosa cuando vuelo.

—¡Yo también he traído bebida para el viaje! —exclama Emma, una amiga de Mindy, mostrando una bolsa de Marks & Spencer que, por el ruido que suena dentro, debe de estar llena de botellas de cristal—. Un buen trago es mucho mejor que la valeriana, Trish.

Caroline me mira torciendo el gesto mientras entramos en la terminal con nuestras maletas con ruedas y nos unimos a la fila de Ryanair.

Tras quince minutos de entablar la típica charla educada que se mantiene en toda despedida de soltera con las guapísimas primas de Mindy, Harshika y Ruksheen (a pesar de las advertencias de Mindy de que Ruksheen es una auténtica guarra, un detalle sobre el que no queremos ahondar de ninguna de las maneras) oímos un gemido horrible que proviene del mostrador. Caroline y yo nos miramos alarmadas. Mindy se ha desplomado entre Trish y su amiga Kate.

—¿Qué pasa? —pregunta Caroline.

—¡Tiene caducado el pasaporte! —grita Kate.

—¡¿Qué?!

Alguien le pasa el documento a Caroline que lo examina durante unos segundos.

—Oh, joder.

Caroline me lo entrega. Lo miro y allí está, en blanco y negro. Mindy lleva sin poder usarlo legalmente desde hace un par de meses.

—¡Se me olvidó! —solloza Mindy, todavía incapaz de tenerse de pie sin ayuda—. Sabía que el plazo estaba a punto de vencer, pero se me olvidó por completo. Cuando dijimos que no iríamos a América dejé de preocuparme... Lo siento mucho, chicas.

—No seas boba, no pasa nada, podemos irnos sin ti —bromeó yo. Mindy me responde medio riendo medio llorando.

Le doy un abrazo y Caroline se pone a hablar con ella antes de regresar a mi lado, sacar su teléfono y empezar a usarlo como toda una profesional.

Después de verla teclear durante un minuto (momento que aprovecho para enviarle a Ben el mensaje de «¿a que no adivinas qué ha pasado?»), dice:

—Muy bien, no hay duda de que esta noche no vamos a ir a Portugal. Para hacer un pasaporte de emergencia tenemos que ir a la oficina de Liverpool con fotos nuevas y toda la documentación cumplimentada, y como muy pronto lo podríamos hacer mañana a primera hora.

—Oh, Dios, pobre Mindy —digo.

—¿Qué otras opciones tenemos? —Caroline se muerde el labio.

—No podemos cambiarlo a otra fecha, la boda es el próximo fin de semana —señalo yo.

—Aparte de que el alojamiento y los billetes no son reembolsables. No podemos pedirles a todas que se vuelvan a gastar todo ese dinero.

Volvemos a mirarnos mientras todas movemos la cabeza de un lado a otro como si no nos lo pudiéramos creer. Una luna de miel echada a perder gracias a una tontería administrativa.

—¿Le has comprado ya el regalo de boda? —inquieta Caroline.

—No, iba a preguntarte qué ibas a hacer tú. Como no tiene ninguna lista...

—Tengo una idea —dice mi amiga—. ¿Y si nos quedamos aquí?

—¿En el aeropuerto? ¿Cómo en la peli de Tom Hanks?

—¡No, en el aeropuerto no, tontorrón! En Manchester. Conozco a la directora del hotel Midland. Somos ocho, lo que significa cuatro habitaciones dobles. Podemos llamarla, ver qué nos puede ofrecer, dar a Mindy la mejor habitación y tú y yo le hacemos un regalo de boda en efectivo para compensar el gasto. ¿O estoy yendo demasiado lejos?

—Me parece una idea brillante.

—Eres demasiado amable. Es solo una idea para salir del paso, pero es que no se me ocurre nada mejor.

Ambas chocamos los puños.

—Vamos a ver qué le parece a Mindy.

En cuanto conseguimos calmar a nuestra amiga, que no deja de quejarse, con una hamburguesa, le sugerimos el plan y, gracias a Dios, después de la primera impresión, termina aceptando.

En cuanto a mí, no creo que vaya a echar mucho de menos compartir villa con Trish. Se ha pasado un buen rato calculando cuántas calorías hemos consumido en la hamburguesería y después ha pedido al conductor del minibús que le dejara cargar el iPhone y se ha pasado todo el viaje de regreso berreando *That Don't Impress Me Much* de Shania Twain.

CAPÍTULO 10

Caroline es una persona increíble. Consiguió que nos alojaran en el hotel, lo cargó a su tarjeta de crédito (con un pagaré bien grande a mi nombre y unos más pequeños a quienes quisieran ser voluntarias), nos llevó a un restaurante griego en el que logró que nos pusieran champán, serpentinas y globos en la mesa y ahora mismo puede que Mindy esté borracha como una cuba pero se la ve inmensamente feliz.

—No es Portugal, pero tengo humus —dice levantando un triángulo de pan de pita.

—¡Por el humus! —brindamos las demás.

—Me siento como Shirley Valentine —se desternilla Trish, plantándole al camarero la mano en el trasero de manera indecorosa.

El improvisado itinerario posterior conlleva mucho uso del Google Maps con los teléfonos en alto, hasta que al final Mindy chilla: «¡Cottonopolis! ¡Seguid a Emma!» y allá vamos todas, trotando con los taconazos que nos hemos puesto, hacia Northern Quarter. Cottonopolis es uno de esos bares que son el paraíso a los veinticinco años y una justa y placentera recompensa tras una dura semana de trabajo. Después de los treinta, sin embargo, se convierte en una cruel cámara de tortura sensorial.

El suelo de madera y el obligatorio techo con tuberías de ventilación a la vista, combinado con la música a un volumen capaz de perforarte el tímpano, hacen que las conversaciones se limiten a un «VODKA CON TÓNICA, ¡GRACIAS! ¡VODKA! ¡TÓNICA!» por encima de Drake y Rihanna.

La comunicación se reduce a un montón de muecas y sonrisas, gestos enérgicos y un ferviente deseo por estar en otro lugar más tranquilo. Con todo el mundo en la pista de baile y sin poder mantener una conversación decente, me dedico a mirar a la gente mientras bailo en el corro femenino que hemos formado. Hay una chica que lleva un top con la espalda descubierta cuyo

increíble par de pechos debe de sujetarse gracias únicamente a la firmeza de la juventud y a la que trato de no comerme con los ojos. También hay cuatro muchachos con camisetas de manga corta haciendo el duro movimiento de llevarse la cerveza a la boca mientras acechan en la sala cual manada de lobos que han salido de caza. Puede que el alcohol que ya llevo en la sangre haga que las parejas que veo me resulten especialmente atractivas, del tipo que solo salen en los vídeos musicales, con cazadoras de cuero, melenas espectaculares y un sinfín de pucheros. Hay una en un rincón, que Rhys diría que es la típica que sale en esa bobada de película de dominación que... ¡Oh, Dios mío!

Al principio no me lo creo porque no quiero hacerlo. Me limito a mirar con la boca abierta, pero la información visual es inequívoca; en una mesa del rincón están sentados Ben y Esther. Están enfrascados en una conversación, solos, y parecen ajenos a todo lo que no sean ellos dos.

Por el aspecto de Ben, con media pinta en la mesa, la camisa arremangada y las puntas del pelo húmedas por el sudor, deben de llevar aquí un buen rato. Ella tiene la barbilla apoyada en una mano y con la otra se retira el pelo de la cara.

De pronto tengo la sensación de retroceder en el tiempo y me doy cuenta de que este es el Ben de la universidad, o como yo le recuerdo. Siempre con una chica diferente y la misma facilidad con la que recibía toda su atención. Entonces él se inclina hacia delante y le dice a Esther algo directamente al oído. Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe, mientras se lleva una mano al cuello. Parece una escena pre coital. No me cabe ninguna duda, cualquiera que los estuviera viendo llegaría a la misma conclusión.

Debo de estar enferma, porque soy incapaz de apartar la vista, pero tampoco puedo continuar mirando. ¿Y si los veo besarse?

Saco el teléfono móvil del bolsillo y compruebo si tengo algún mensaje nuevo. Nada. Bueno, ahora sé por qué no ha tenido el tiempo o las ganas de responder a mi mensaje.

Mindy me tira de la manga.

—¡RACHEL! LA MÚSICA ESTÁ TAN ALTA QUE ESTAMOS PENSANDO EN IRNOS A OTRO SITIO, ¿TE PARECE BIEN?

—Sí, claro —grito a mi vez. Me alegro de que el alcohol esté librando una batalla contra la adrenalina en mi torrente sanguíneo, logrando que pueda mantener una cierta compostura—. Dame un segundo para saludar a Ben.

—¡¿QUÉ?! —grita Mindy, sin entender; lógico, solo se pueden

comprender las frases estándar. Le doy una palmada en el hombro a modo de «da igual» y me doy la vuelta.

Estoy cerca de ellos cuando Ben alza la mirada, aunque Esther me ve segundos antes.

—Hola —digo.

Ben se ha quedado sin habla, con los ojos muy abiertos y cara de estupefacción, lo que confirma que este encuentro no es fruto de la casualidad.

—¡Pero qué...! ¿Qué haces aquí? —pregunta con una mano en la cabeza.

—¿No has recibido mi mensaje? —Odio tener que hacer esto delante de Esther. Ben no se ha puesto de pie.

—¿Tu qué?

—¡Mi mensaje! —grito. Creo que hubiese gritado aunque la música no estuviera tan alta.

Ben frunce el ceño.

—Oh, no —responde también medio gritando. Se toca los bolsillos en busca del teléfono—. Lo siento, hemos estado fuera desde que salimos de trabajar y no lo he mirado, pero pensaba que en este momento estarías volando. —En realidad, hace horas que habría aterrizado—.... Penal ha tenido una gran victoria hoy y hemos salido a celebrarlo. —Señala con la cabeza hacia Esther, que todavía no ha tenido la decencia de saludarme y que me está evaluando con todo descaro. Me siento completamente vulnerable.

—Sí, esto está abarrotado —digo, señalando la mesa e intentando mantener la voz controlada. Da igual, con lo fuerte que está la música, seguramente ni me habrá oído.

Le cuento lo del incidente de Mindy con el pasaporte con el menor número de palabras posibles. Ben asiente, mira por encima de mi hombro y saluda con la mano a mis amigas mientras estas se marchan.

—Bueno, yo también me voy. Una despedida me llama.

Me cuelgo el bolso al hombro y me escabullo rápidamente antes de que Ben pueda seguirme —tampoco ha dado ninguna señal de que fuera a hacerlo — con el estómago revuelto como si fuera una coctelera de dolor llena de Sauvignon Blanco barato.

CAPÍTULO 11

En el momento en que nos acercamos al extremadamente agradable entorno del bar con forma circular del hotel Midland, con la extremadamente desagradable sensación que tengo en mi interior, recibido un mensaje de *mea culpa*.

Lo siento, cielo. Me olvidé de que tenía el teléfono apagado. Espero que te lo estés pasando muy bien. ¿Cómo está Mindy? Menudo desastre. Besos. Ben.

Ja. CIELO. Una expresión de cariño de una comadreja que, además, casi nunca usa. Que te den. Y sí, menudo desastre. Apago el teléfono y siento un poco de satisfacción al ver cómo va desapareciendo poco a poco la luz de la pantalla.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Caroline al verme mirar el teléfono como si tuviera un trozo de mierda en la palma de la mano.

—Acabo de ver a Ben a solas con una compañera suya de trabajo. He dicho «ver», aunque no estoy segura de si debería haber usado el verbo «sorprender». Se les ve muy unidos. Sé que ella se siente atraída por él. Y él también lo sabe.

¿Me está engañando Ben? ¿De verdad? No parece muy probable, pero tal vez así es como todo el mundo se siente cuando descubre que su pareja está teniendo una aventura. Dicen que lo primero que uno hace es negar lo evidente.

Caroline me mira con el ceño fruncido.

—Qué extraño, aunque tomar una copa después del trabajo no implica nada malo.

—Se suponía que iba a jugar al billar con su amigo Jim.

—Vaya.

—Y dejó el teléfono apagado; cosa que nunca hace.

—Mmm.

—Y lo de después del trabajo también es muy relativo, teniendo en cuenta que estamos en la hora de las brujas.

—No soy la persona más adecuada a la que preguntar sobre reuniones de trabajo extramaritales, pero Ben me inspira plena confianza, así que voy a concederle el beneficio de la duda.

—Es verdad, lo siento.

Dios, debería haber recordado que el ex marido de Caroline le fue infiel con una compañera de trabajo. Aquello es motivo suficiente para cerrar la boca, sobre todo porque ni siquiera yo estoy convencida.

—Incluso si Ben estuviera coqueteando....

Me estremezco y Caroline dice:

—Mira, incluso en el caso de que lo estuviera haciendo... —Se detiene y me da una palmada en el brazo—. No le digas nada a Mindy, se pondrá a gritar como una loca si se lo cuentas.

Ambas miramos a nuestra amiga, que la última vez que estuvimos pendientes de ella estaba dejándose convencer por Trish y Ruksheen para depilarse el vello púbico en forma de corazón y así dar una romántica sorpresa al novio en su noche de bodas.

—...y aunque lo estuviera haciendo, no es el fin del mundo si se queda solo en eso.

—Supongo. Pero es que nunca creí que terminaríamos así.

Ni mucho menos. En la universidad, él era el Romeo que iba de una chica a otra y yo la fiel emparejada. ¿Es que, después de todos estos años, seguimos desempeñando esos mismos papeles? Tal vez no nos comportábamos así por nuestras circunstancias, sino por nuestro carácter. Ben puso fin a su matrimonio y empezó una relación conmigo. Nunca probamos la solidez del amor que me profesaba, a los veintiún años. «Quizá Ben sea así. Tarde o temprano...»

—No quiero parecer una guía para las mujeres casadas de los años cuarenta, pero no puedes esperar que todo sea de un eterno color rosa —dice Caroline—. De vez en cuando uno de los dos cometerá una estupidez y en otra ocasión lo hará el otro y os iréis perdonando, no cualquier cosa, por supuesto, no estoy diciendo que tengas que convertirte en una cornuda perenne, pero así es como una pareja permanece junta a largo plazo. No porque dieran con la fórmula mágica desde el principio, sino porque se han aferrado el uno al otro cuando tenían motivos para salir corriendo.

Respondo con un gesto de asentimiento. No me puedo creer que esté pensando en Ben de una forma tan decepcionante.

Caroline me da un apretón en el brazo.

—Estoy segura de que no está haciendo nada malo, Rach, en serio — continúa—. Cualquiera idiota puede darse cuenta de que te adora. Fíjate en todo por lo que habéis tenido que pasar para estar juntos. No va a tirarlo todo por la borda.

Vuelvo asentir, ahora con una sonrisa, e intento parecer convencida ya que no sería justo amargarle a Caroline la despedida de Mindy. Además, tampoco quiero deprimirme.

El caso es que, a medida que se me va pasando la conmoción inicial, me doy cuenta de que no creo que Ben se esté acostando con Esther. Aunque tal vez sí estén en esa primera etapa de intensa amistad que podría desembocar en que él quisiera acostarse con ella. Y ahí es cuando una voz interior me susurra: «Y ya sabes cómo va eso, ¿verdad?».

Sonrío, hablo y finjo estar estupendamente mientras por dentro me siento cada vez más angustiada. Pienso en lo mucho que me odia Simon. En la justificada explosión de Olivia. Durante todo este tiempo, he estado convencida de que fuera cual fuese la antipatía que sentían hacia mí, ambos estaban equivocados. Yo no intenté alejar a Ben de su mujer, nunca di el primer paso con un hombre casado. No fui yo la que ocultó la noche que pasamos juntos a su mujer, fue Ben. Le mintió por omisión; es un precedente que no puedo pasar por alto.

¿Y si Esther solo está siguiendo el mismo proceso de racionalización? Ya hemos discutido una vez por su culpa y sé que también lo hicieron por la mía (aunque sin ninguna intención por mi parte) Ben y Olivia.

Llamadme cínica, pero creo que la segunda discusión entre Ben y yo sobre esta mujer es inevitable. Y de nuevo ella podrá decirse a sí misma que es algo platónico, que a pesar de la atracción que siente por él, solo está saliendo a tomar una copa, tal y como hice yo en su momento.

Solo se te puede culpar de tener imaginación, así que te dedicas a esperar hasta que la relación fenece por «causas naturales» y entonces te llega el turno de acudir al funeral, vestida como la amante que se presenta en contra de los deseos de la familia.

Puede que esta noche haya probado de mi propia medicina al averiguar lo que se siente al estar en el lado receptor del dolor.

Mindy se tambalea con ojos vidriosos.

—¿Cómo están mis damas de honor? ¡Tú serás la siguiente! —Me señala con la botella, derramando casi la mitad de su contenido al suelo.

—Ja, lo dudo —repongo amargamente, y entonces, para que Caroline no se crea que es por lo que he visto en Cottonopolis, añado—: Ben dice que no quiere volver a casarse.

—¿Por qué no? ¿Podrías preguntárselo? ¡Proponle matrimonio tú!

—Arriba el feminismo —dice Caroline.

—Por supuesto. La cuestión no es que no quiera hacerlo, sino si quiero hacerlo cuando el sentimiento no es mutuo.

—Bah —Mindy mueve las manos—. ¿No creerás que Ivor quería casarse hasta que le «convencí» de que quería hacerlo?

Aunque la conversación continúa y cambia de derroteros, no puedo dejar de pensar en Ben, en Esther y en si de verdad he visto lo que creo haber visto. La lógica me dice que no tengo nada por lo que preocuparme. Pero mi instinto me grita PELIGRO en mayúsculas y con letras rojas. Me pregunto si Olivia también pensó en su momento que yo tenía escasas posibilidades.

CAPÍTULO 12

A pesar del accidentado comienzo, Caroline ha hecho un trabajo espectacular a la hora de reconducir la despedida de Mindy y todas empezamos a preguntarnos si eso de quedarnos en casa al final no habrá sido mucho mejor que pasar dos noches apresuradas tratando de orientarnos en un país extranjero.

El sábado, Caroline alquila un minibús y organiza un picnic en Lyme Park en Cheshire, que hizo de Pemberley, la casa del señor Darcy, en la adaptación que la BBC hizo de *Orgullo y prejuicio* en 1995 y que tanto le gusta a Mindy. La verdad es que se agradece estar en un espacio tan verde y al aire libre, fuera de la ciudad, aunque habríamos podido saltarnos la parte en la que Trish ha intentado tirarse al lago para recrear la escena de la camisa mojada y subirla a Instagram.

Por la noche acudimos a una cena de etiqueta en Mr Cooper's, el restaurante del hotel Midland, gracias a una reserva de última hora que nos cuesta sudor y lágrimas y en una hora bastante tarde.

Después enciendo el teléfono y me encuentro con tres mensajes de Ben.

Hola, ¿qué tal lo estás pasando?

Es que vas a darme la llamada por respuesta.

Me tomo ese silencio como un sí.

No le respondo.

De acuerdo con la ley que dice que a partir de los treinta solo puedes soportar una noche de auténtica juerga a la semana, que sea la del sábado resulta bastante civilizado. Y esa buena disposición incluye a Trish, que decide dejar de lado las diademas con penes.

El domingo por la mañana Mindy engatusa a Caroline para que vayamos a su casa, por lo visto Withington, a poco más de seis kilómetros del centro de Manchester, está demasiado lejos para su débil condición (a todas nos encanta holgazanear en casa de Caroline; es un lugar fantástico. No me extraña que no necesite la compañía de ningún hombre).

—¿Te apuntas al plan, Rach? —pregunta ella.

Me apetece mucho, pero al final declino la oferta pues sé que lo único que conseguiré retrasando la inevitable discusión con Ben es ponerme más nerviosa. Cuando llego a casa, empujo la maleta dentro un tanto temblorosa. Siento que tengo razón, pero también quiero estar muy equivocada. Qué complicado. Ben sale del salón y me mira fijamente, ansioso y con el rostro pálido.

—Hola.

—Hola —respondo yo. Me gustaría que mi voz sonase alegre y despreocupada, pero fracaso en el intento.

—¿Por qué te has pasado todo el fin de semana sin hacerme ni caso?

Me encojo de hombros.

—Apagué el teléfono. Ya me entiendes.

Ben niega con la cabeza, consternado.

—¿De modo que esa excusa sirve para ti, pero no para mí? —señalo con un tirante hilo de voz.

—¿En serio quieres que lo solucionemos así, Rachel? —La casa nunca ha estado tan silenciosa como ahora. Hasta los gatos parecen estar conteniendo la respiración—. Sea lo que sea lo que creas que he hecho mal —Se me encoge el estómago—... podemos discutirlo sin necesidad de ser sarcásticos y desagradables el uno con el otro.

Vuelvo a encogerme de hombros. Dudo mucho que sea capaz.

—¿Podemos hablarlo aquí dentro? —Sujeta la puerta del salón—. ¿No me hablas porque crees que he salido a tomar algo con Esther? —comienza en cuanto estamos dentro. No nos sentamos porque uno no puede discutir como Dios manda sentado. Me doy cuenta de que parece tan nervioso como yo—. Había quedado con Jim, pero me avisó de que no podía venir. Entonces los chicos del departamento penal, que habían ganado un caso muy importante, me preguntaron si quería salir por ahí con ellos...

—Te lo pidió Esther —interrumpo con amargura. No tenía ni idea de que fuera a decir eso. Debo de estar perdiendo los papeles.

—Sí, me lo pidió Esther —reconoce él.

Me hierve le sangre.

—Y por supuesto terminasteis en un rincón de un bar, solos e inclinados el uno sobre el otro mientras os susurrabais cosas al oído.

Ben no se inmuta.

—Como si alguien pudiera oír un susurro en ese lugar. Si estaba inclinado sobre ella fue precisamente por el estruendo. Además, al bar fuimos cuatro personas...

—¿En plan cita doble? —digo. Otra vez digo algo sin pensarlo antes.

—John y Andrew no son pareja. Fuimos los cuatro a ese bar y pedimos una ronda, pero ellos no podían soportar el ruido y se marcharon antes que nosotros. Lo único que viste fue a mí terminándome esa copa antes de salir para tomar un taxi.

—¿Oh, en serio? Pues más bien parecía que ambos estabais a punto de salir en busca de un hotel.

—¡Jesús, Rachel! ¿De verdad me estás acusando de tener una aventura?

—¿Sabes lo que parecía? Que estabas coqueteando con alguien que sabes que se siente atraída por ti mientras tenías el teléfono apagado. Y el único motivo por el que me estás contando todo esto es porque te sorprendí con ella.

—Sí, reconozco que podía parecer otra cosa, pero te estoy diciendo que no pasó nada. Creía que confiábamos el uno en el otro.

—Si fue un encuentro tan inocente, ¿por qué te sorprendiste tanto y parecías tan culpable?

—¡Me sorprendí porque se suponía que tenías que estar en Portugal! No me di cuenta de que pareciera tan culpable. Sí, puede que supiera que, después de la discusión que mantuvimos sobre Esther, aquello no terminaría bien.

—¿No fuiste consciente de que tal vez estuvieras alentándola?

—No. Ya te lo he dicho, éramos cuatro compañeros. Esther no me pidió que saliéramos los «dos solos» a tomar algo.

—Sí que lo hizo, aunque de una forma soterrada. Estoy segura de que esa era su intención inicial y es evidente que no te supuso mucho problema.

Ben me mira con profundo pesar y muy indignado. No sé si el daño es irreversible. Detesto lo amargada que parezco, pero soy incapaz de detenerme.

—¿Te había contado que Esther describió mi existencia como una lástima, como una imperfección?

Ben se frota la frente.

—Sí, y ya te dije entonces que eso me pareció bastante desafortunado por su parte.

—¿Hablasteis de mí? —pregunto. Por primera vez, Ben se pone colorado.

—No mucho.

—¿No mucho?

—Le dije que estabas en una despedida de soltera y ella me hizo unas cuantas preguntas al respecto. Eso es todo.

—Estupendo. Quería comprobar si realmente me encontraba fuera de la ciudad.

—¡Por supuesto que no! —exclama Ben de inmediato, aunque me doy cuenta de que está incómodo—. Está bien, mira, ¿cómo crees que me siento yo cuando te pasas todo el rato hablando de Owen, de las copas que os tomáis juntos, de vuestras bromas particulares en el trabajo? ¿O cómo cuando te suena el teléfono móvil, avisando que tienes un WhatsApp de él por la tarde, porque hay una historia tan importante que no puede esperar al día siguiente? Y sí, no se me ha pasado por alto que te manda «besos» en todos esos mensajes. ¿Crees que nunca me has dado motivos para estar celoso solo porque no me quejo?

—Pero yo estoy hablando de esto contigo. No apago el teléfono y me pongo a salir a hurtadillas con nadie.

—¡Otra vez con el maldito teléfono! Si estuviera saliendo a hurtadillas con quien fuera, ¿crees que habría apagado el teléfono móvil? No estabas en la ciudad, o eso creía yo. ¿Si te hubiera estado engañando no habría sido mejor llamarte y decirte: «Oh, sí, sí, aquí estoy jugando al billar», para luego seguir con el engaño?

Supongo que tiene razón. Aun así, sé lo que vi. Lo que sentí.

—Puedes tratar de convencerme todo lo que quieras, pero ambos sabemos lo que estaba pasando cuando aparecí —digo, aunque una parte de mí me está gritando: «¡¡PARA!!».

—¿Y qué estaba pasando? —Ben se cruza de brazos y me mira mortalmente serio.

—Llegué justo el momento antes de que ella te dijera que era mejor que os fuerais a un lugar más tranquilo para tomar una última copa. Y al final terminaríais sentados muy juntos en el sofá Chesterfield de quién sabe dónde, con una bebida en la mano, fingiendo que no estabas dando pie a ese

momento de «oh, querida, ¿cómo habrá podido pasar?» cuando ella se pusiera a cruzar la línea que tú habías estado insinuando sutilmente toda la noche que tal vez ni siquiera existía.

Estoy demasiado exaltada para ocultar lo mucho que he estado pensando en ello.

Ben se pasa la mano por el pelo como si estuviera a punto de arrancárselo.

—No. Estás completamente equivocada. No iba a hacer ninguna de las cosas que has dicho. No estaba ligando con ella.

—¡Estar allí con ella ya es ligar! —le digo casi gritando.

—Oh, Dios mío. No puedo defenderme contra algo que solo ha ocurrido en tu cabeza.

—No me puedo creer que te estés haciendo el tonto en relación a algo así.

—Y yo no me puedo creer que me tengas en tan baja estima.

Jaque mate. Silencio.

—Me voy a correr —informa Ben tras unos segundos, antes de hacer un gesto de indiferencia y subir para cambiarse.

Instantes después, cuando le oigo dar un portazo, me quedo sentada en una casa vacía y me doy cuenta de que a mí también me gustaría estar fuera de aquí.

CAPÍTULO 13

Mando un mensaje a Caroline y le pregunto si puedo unirme a la sesión que ella y Mindy están compartiendo, consistente en recuperar fuerzas a base de ingerir una cantidad ingente de carbohidratos. Quince minutos después, un taxi me lleva de vuelta al centro.

Usa las llaves que tienes de repuesto para entrar. Mindy y yo no podemos mover ni un dedo, salvo para abrir al repartidor de Deliveroo.

Al final, el repartidor, con la característica vestimenta y la caja pegada a la espalda de la empresa de comida a domicilio que le hace parecer un ciclista galápaguense, llega al mismo tiempo que yo, así que lo libero de portar la Pizza Express.

Eso ayuda a que mi entrada sea recibida con una calurosa bienvenida.

—Me he encarado con Ben por lo de Esther —anuncio, dejando caer el bolso y el abrigo después de pasarles la comida.

Dos pares de ojos abiertos me miran a través de sus enormes perritos calientes.

—Oh, está bien.

—Oh.

—Creo que he metido la pata hasta el fondo.

—Vaya.

—Prácticamente le acusé de serme infiel. O pre-infiel.

—¿Qué es pre-infiel? —pregunta Mindy con el ceño fruncido.

—La etapa en la que estás reuniendo el valor para hacerlo. Situaciones de alto riesgo.

Caroline se arregla la coleta con sus siempre impecables manos.

—¿En qué es diferente esto de la pre-infidelidad a la infidelidad de verdad?

—Bueno, la pre-infidelidad conlleva tomar malas decisiones, como por ejemplo coquetear con mujeres atractivas a las que les gustas en bares de copas. Mujeres atractivas que, por cierto, son la viva imagen de la ex mujer de Ben.

—¿Como los *precognitivos* de la película de *Minority Report*, cuando saben que se va a cometer un delito y arrestan al sujeto antes de que pueda hacerlo? —pregunta Mindy.

Sé que suena ridículo, pero eso resume exactamente la situación. Abro la boca y la cierro al instante.

—¿Y qué te dijo Ben? —quiere saber Caroline.

—Que salieron con varios compañeros de trabajo y que ellos dos fueron los últimos que quedaban. Que cuando le vi estaba a punto de irse a casa.

—¿Tienes algún motivo para creer que no sea cierto? ¿En serio estás convencida de que se está acostando con otra?

Estoy a punto de ponerme a llorar como una tonta.

—¡Quién sabe! —Pero entonces me obligo a ir un poco más allá de lo fatal que me sentí al verlos juntos en ese bar, a hacer una evaluación más lógica de la situación y digo—: No.

—Pues acusarle no es la mejor estrategia del mundo —conviene Caroline con suavidad mientras se pone de pie—. ¿Estás con resaca? Anda, ponte cómoda.

Me siento al lado de Mindy y apoyo la cabeza sobre su hombro. Ella me rodea con el brazo y me derrumbo. Entre que a los treinta y tantos una ya no aguanta igual las resacas, la ansiedad que he tenido los dos últimos días y la pelea, termino convirtiéndome en un *tsunami* de lágrimas.

—Sé que me estoy comportando como una estúpida, pero es que me duele... y verlos juntos de esa manera... —Suelto un suspiro y me enjugo las lágrimas con la manga—. Me auto convencí de que estaba hablándole de la misma forma que lo hace conmigo. Se les veía tan... cómplices. Como si estuvieran charlando sobre cosas de las que no formo parte, en un punto en el que Ben y yo nunca estaremos. Fue como ver a un Ben diferente.

—Son las tonterías típicas del lugar de trabajo, ya sabes cómo funciona. Sales un viernes por la noche y se convierte en una charla incesante de chismes —comenta Mindy—. Cuando acompaño a Ivor a alguna de sus noches del club de los informáticos tengo la sensación de que están hablando en canadiense.

—El canadiense es inglés —apunta Caroline antes de darme una copa de

un líquido de color rosado con burbujas.

—Ya lo sé —digo, secándome los ojos—. Ambas cosas.

—¿Estáis teniendo Ben y tú otros problemas aparte de eso? —pregunta Caroline.

Y dado que si yo fuera ella también estaría buscando una transferencia de emociones, me limito a decir:

—No. Salvo por esto estamos estupendamente. Nunca hemos sido tan felices.

Nos sumimos en un silencio breve y contemplativo.

—Creo que podrías tener el síndrome del paraíso de Dave Stewart — termina diciendo Mindy.

—¿Qué narices es eso?

—Lo mismo que le pasa al tipo con barba de Eurythmics. Resulta que tiene una enfermedad que consiste en sufrir un cuadro de hartazgo cuando la vida es demasiado perfecta.

Empiezo a reírme, aunque de forma muy débil.

—¿O sea que estoy enferma de perfección?

—No, enferma no. Pero puede que tu relación con Ben vaya tan bien que tienes que buscar tres pies al gato. Coldplay lo explica muy bien en su canción *Warning Sign*.

Me rio y luego me percato de que puede que Mindy, a su peculiar manera, tenga parte de razón. A pesar de mis temores, Ben y yo nunca hicimos la transición de amigos a amantes que comparten hipoteca y son los progenitores de unos gatos muy particulares. Podemos estar discutiendo porque nos faltan calcetines o pastillas antiparásitos y al segundo siguiente caer en los brazos del otro con la misma pasión que hicimos cuando salimos de aquella cafetería hace dos años.

¿Y si Esther en realidad no fuera un problema, sino que yo estuviera buscando de manera inconsciente alguna complicación y se me hubiera ocurrido que iba a ser ella? ¿Y si he confundido mi incipiente temor con una auténtica amenaza?

Es como si el sol se estuviera abriendo paso por las nubes, solo para que estas regresen y me den una buena ducha.

—¿Creéis que he sido muy exagerada? —les pregunto después de bastante rato.

Ambas están a medio bocado, pero vacilan lo suficiente para poder camuflar lo que iba a ser un «sí» rotundo.

—¡Oh, Dios! —lloriqueo—. ¡Soy como Carrie Bradshaw en *Sexo en Nueva York 2*! ¡Creo que tengo problemas porque mi marido me ha regalado una televisión por nuestro aniversario!

Otro silencio y, de pronto, las carcajadas de alivio. Pienso, y no es la primera vez: «No sé qué haría sin vosotras».

Caroline se limpia la boca con un trozo de papel de cocina.

—No creo que dudes de él, creo que dudas de ti misma —dice.

—¿En serio?

—Sí. Nos has contado lo mucho que esa chica se parece a Olivia y te has olvidado de que es irrelevante. Ben te quiere a ti.

Mindy asiente con la cabeza.

—Sí. Siempre te está mirando de la misma forma que yo a los KitKat los días que hago dieta.

Me tumbo con Mindy y Caroline y me dejo llevar por su charla sobre los planes para el día de la boda. En un momento dado me pongo a mirar Facebook en el teléfono. Jim, el amigo de Ben, subió a su muro un mensaje a las cinco de la tarde del viernes, disculpándose porque tenía mucho trabajo y no podría acudir a tiempo. Ben le respondió media hora más tarde, preguntándole si le apetecía salir con sus compañeros del despacho cuando terminara. He sido una auténtica imbécil.

Le mando un mensaje a Ben.

Por cierto, estoy en casa de Caroline. X

OK. ¿Te vas a quedar a dormir allí? X

Preferiría ir a casa. X

Yo también lo prefiero. X

Cuando llego a casa, tengo planeadas las palabras de reconciliación perfectas. Ben, todavía vestido con la indumentaria que se pone para salir a correr, está dando de comer a los gatos, peleándose con uno de ellos que está intentando agarrarle de la mano.

—Hola... —empiezo.

De repente soy incapaz de contener las lágrimas que han empezado a brotar en cuanto le he visto.

Es como si regresara a esa larga fila en la universidad, al increíble momento en que nos vimos por primera vez, siendo dos absolutos extraños,

pero teniendo la sensación de que ya nos conocíamos.

Ben deja al instante la lata de Whiskas.

—Ah, Dios, no llores. No pasa nada. —Se acerca y me abraza. Aunque sé que me merezco una buena dosis de reproches y mal humor, en este momento me alegro mucho de que no sea de los que guardan rencor. Me calma y me dice—: Siento mucho haberte disgustado, Dan. No ha pasado nada.

En cuanto me llama Dan, volvemos a tener dieciocho años. Yo con mis Doc Martens y él con sus siempre flamantes deportivas.

—Lo sé —farfullo.

—¿De verdad? —dice él, separándose de mí unos centímetros para poder mirarme a los ojos.

—Sí. —Me limpio los ojos—. Perdí los papeles, pero en el fondo de mi corazón sé que no me has engañado. Incluso cuando íbamos a la universidad... —Esbozo una débil sonrisa—... donde ibas de flor en flor, no eras un mentiroso.

—Nunca te he dado ningún motivo para que desconfíes de mí, ¿verdad?

—No. Me volví completamente paranoica, pensando en lo diferente que eras en la universidad...

—Primero, eso fue hace mucho tiempo. Y segundo, creo que era yo el que estaba enamorado de ti, esperando a que te decidieras a salir conmigo.

Sonríó con el rostro todavía húmedo por las lágrimas.

—Cierto. Es increíble como uno puede ponerse en el peor de los casos inimaginables.

—Me preocupa que tal vez yo también... —Hace una pausa.

—¿Qué? —pregunto al verle vacilar.

—Me preocupa que estés acostumbrada a los altibajos y a las rupturas y reconciliaciones con Rhys y encuentres nuestra vida demasiado estable y aburrida. Sé que el viernes no tenías una visión completa de lo que estaba pasando, pero...

—Continúa —digo. Veo cómo se muerde el labio, preguntándose si, ahora que me he calmado, está a punto de ser tan imprudente como para perder una batalla que tenía más que ganada.

—No acabo de entender por qué te pusiste en lo peor y diste por hecho que te estaba engañando sobre la base de una desafortunada coincidencia. Al principio me sentí insultado, pero después de pensarlo detenidamente, solo estoy confundido.

Me he hecho esa misma pregunta en el Uber que me ha traído a casa, mientras disfrutaba de las canciones de la radio y sé que tengo la respuesta que necesita. Que necesitamos.

—No es porque tengamos una vida aburrida como dices. Para nada. Las peleas no son plato de buen gusto. Ya tuve bastante de eso con Rhys. Cuando te vi hablando con Esther, me asustó que fuera yo. La nueva yo. O la vieja Rachel, ya sabes. En cierta manera, alguien como Esther es exactamente lo que me merezco.

Nos miramos el uno al otro a través del poder transformador que te da decir la verdad. Sé que por fin nos estamos entendiendo a la perfección, incluso yo misma me entiendo un poco mejor.

Tras una larga pausa Ben se anima a romper el hielo:

—Sí. ¿Sabes qué? Creo que también me preocupaba un poco que Owen se estuviera convirtiendo en el mismo amigo que fui yo.

—¡Ja! ¿En serio?

No me puedo creer que estuviera tan equivocado, aunque al mismo tiempo me doy cuenta de que es lo mismo que pensé yo con Esther. Siempre creí que Ben era una persona segura de sí misma, pero siendo un poco egoísta, reconozco que esto me hace ver que no soy la única con sus dudas y temores.

—Me refiero al Ben de la universidad. A ese mierdecilla de Ben. Uno de los primeros y más torpes prototipos.

Ambos nos echamos a reír.

—La historia de mi vida es que para mí solo hay una y esa una eres tú —dice—. ¿Y qué es eso de que te mereces a alguien como Esther? Ya sabes que Liv y yo no rompimos por tu culpa.

—Yo era la mejor amiga que terminó convirtiéndose en la novia. Es como eso que dicen que cuando «la otra» se convierte en la mujer, deja una vacante. Yo dejé esa vacante.

—Pero no la dejaste. Sigues siendo mi mejor amiga.

Este momento y en los demás que le siguen, casi hacen que los tensos momentos que nos han conducido hasta aquí merezcan la pena.

CAPÍTULO 14

Una semana más tarde.

¿Os suena el tópico ese de que cuando una novia va de camino al altar y todos la ven por primera vez con su vestido se echan a llorar? Bueno, pues yo también solía pensar que era una tontería. Por muy guapa que vaya, solo es un vestido.

Caroline y yo estamos esperando maquilladas, con el cabello recogido y adornado con flores, embutidas en unos vestidos negros con los hombros al descubierto y muy ajustados (¡Por suerte, existen las fajas!) en nuestra habitación del hotel Didsbury House. Es uno de esos hoteles con encanto, situado a poca distancia de donde se va a celebrar el enlace. He de reconocer que, aunque nos hemos quejado mucho por la obsesión que ha tenido Mindy con el asunto de la boda, ahora estamos disfrutando de los beneficios de su cuidado por el detalle. Anoche, las tres intentamos no quedarnos hasta muy tarde en el coqueto y lujoso bar, mientras recordábamos nuestros años universitarios y nos dejábamos llevar por la ilusión del momento.

Oímos un golpe suave en la puerta. Voy a abrir... y allí está Mindy, con sus mejores galas. Desde el principio insistió en que no debíamos saber nada de su vestido, excepto que sería blanco, así que es la primera vez que la vemos vestida de novia. Nos mira, esperando nuestra reacción.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo yo.

En cuanto me oye Caroline, que está en un rincón mirándose al espejo, grita:

—¡Oh, no! ¿Qué pasa? —Todavía tenemos muy fresco en la memoria el incidente con el pasaporte.

Mindy está... Bueno, la palabra exacta es «maravillosa». El vestido está

confeccionado con encaje *vintage* en tono crema con un delicado ribete dorado. Es un vestido muy estilo años veinte que encaja perfectamente con su pelo negro con corte *bob*. El toque indio lo da el collar que lleva sobre el cabello con un colgante en forma de lágrima que cae en el centro de la frente.

Caroline tiene tantas ganas de verla que se acerca corriendo y termina chocando conmigo. Nos miramos la una a la otra y empezamos a dar saltitos, intentando no llorar para no estropearnos el maquillaje.

—Estás absolutamente preciosa —digo.

—¡Y se te ve tan adulta! —comenta Caroline con voz entrecortada—. ¿Cómo es posible que esta sea nuestra Mindy?

—Bueno, tengo treinta y tres —responde Mindy con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿No?

—Mindy —digo con la voz embargada por la intensidad del momento—. Estás increíble. —La tomo de la mano—. Estamos muy orgullosas de ti. Tu felicidad es la nuestra. Hoy es un día muy especial para todos nosotros.

—¡Oh, Rach! —Exclama Mindy con el rostro contraído por la emoción.

—¡Por el amor de Dios! —me grita Caroline, ahora ya estamos las tres llorando—. Me he quedado sin palabras. —Me mira asintiendo y corre hacia el espejo para comprobar que todo siga en su sitio.

—No os preocupéis, Liz sigue aquí —informa Mindy impasible mientras sale a toda prisa para buscar a la maquilladora en su habitación. Parece que ha tenido que pasar por todo un año de histerismo para lograr esta conexión Zen con su Buda interior en el gran día. No se la ve nada nerviosa.

Una calma que mantiene cuando salimos en tropel de los automóviles antiguos que nos han llevado hasta Victoria Baths y nos embarcamos en ese extraño y breve momento en el que estás esperando a que las puertas se abran y puedas caminar hacia el altar.

Su padre, sin embargo, está bastante más nervioso y no hace más que darse palmaditas en la parte inferior del codo.

—Se supone que tienes que decir que no pasa nada si no quiero seguir con esto —dice Mindy.

Él la mira horrorizado.

—¿No quieres?

—Por supuesto que sí, pero tienes que decirlo. Es una tradición.

—¿Quieres seguir con esto? —pregunta su padre.

—Ahora que me lo preguntas, no estoy muy segura.

Su padre parece preocupado. Caroline y yo nos reímos mientras abren la

puerta, así que tenemos que esforzarnos para recobrar la compostura y permanecer lo más serias posible durante nuestra entrada. El lugar es magnífico; la estancia de baldosas ha sido decorada con ramos de amarilis, velas LED y marañas de luces de Navidad dentro de vasos de cristal.

A la izquierda del funcionario encargado de officiar la ceremonia hay un cuarteto de cuerda tocando *Don't Stop Believin'*. (Por lo visto llegaron a un acuerdo sobre el asunto de la música en la boda: Mindy elegiría la de la entrada de la novia y la firma en el registro e Ivor la del primer baile como marido y mujer. Si muchas parejas ven complicado conciliar sus gustos musicales, lo de Ivor y Mindy era una implosión al primer contacto.)

Avanzamos hasta Ivor. Allí está, con su traje azul marino y corbata roja, con un aspecto muy propio de él tanto por la ropa elegante como por el rictus de miedo que se dibuja en su cara. Le sonreímos con cara de tontas para darle ánimos. Cuando ve a Mindy detrás de nosotras, se queda... Me cuesta encontrar la palabra. Rhys diría que ha puesto cara de bobo, ñoño. Yo ni siquiera sabía que conociera semejante palabra. La mira con una felicidad absoluta, mezclada con una cierta incredulidad porque Mindy de verdad vaya a casarse con él.

¿Sabéis? Nuestra generación no está obligada a pasar por el altar (gracias a Dios), así que es muy fácil pensar que las bodas son un disparate superfluo (que a veces lo son, para qué vamos a negarlo). Pero también es fácil olvidar lo fantásticas que pueden resultar. Hoy no solo es uno de los mejores días de la vida de Ivor y Mindy. Es uno de los mejores días de nuestras vidas.

CAPÍTULO 15

Después de las salchichas y el puré de patatas, sirven en el cóctel de recepción unos martinis de maracuyá riquísimos que seguramente consigan que mañana el juez tenga que declararme legalmente muerta. Y después de que hayan limpiado y recogido las mesas y Mindy e Ivor hayan disfrutado de su primer y vigoroso baile con *Red Light Spells Danger* de Billy Ocean... Después de todo eso, han empezado las baladas para que las parejas nos animemos a mover el esqueleto.

Ben aparece a mi lado en la pista de baile, medio borracho, vestido con un traje Paul Smith y cara de satisfacción.

—Hola. ¿Quieres bailar conmigo? Tengo la esperanza de poder ligarme a una dama de honor esta noche.

—¿Ah, sí? —respondo, dejando que me guíe al ritmo de *Ten Storey Love Song* de Stone Roses.

—¿Sabes si la rubia está soltera? —bromea él, haciendo un gesto con la cabeza hacia Caroline—. Estás preciosa. Incluso con las flores torcidas — comenta, alzando la mano para colocarme la rosa doblada.

—Ah, bueno. Más me vale sacarle el mayor provecho. Siempre la dama de honor...

Ben me mira con los ojos entrecerrados.

—Oh, venga...

—Con el objeto de convertirme en una atractiva señorita Havisham. Me emociona pensar que todavía estoy en el mercado. —Hago una mueca.

—¡Tú no estás en el merc...! Oh, eres una tontorróna, en serio —resopla él—. ¿Estás tratando de retomar la conversación que tuvimos cuando te dije que Rhys iba a casarse?

—Sí. No estaría mal. —Miro alrededor de la habitación y suelto un suspiro exagerado—. Aunque solo es la «historia esa del anillo».

Burlarme de Ben sobre este asunto tiene su punto. Debería dejarlo estar. Aunque también me entristece un poco, la verdad.

—Dijiste que no te apetecía casarte —replica él—. Se te veía muy convencida. Incluso una vez, en la universidad, mientras te tomabas un vaso de sidra, le comentaste a alguien que el velo de novia era como un burka.

Me echo a reír.

—¿De verdad dije eso?

—Sí.

—Era tan divertida. La verdad es que no me importa. Es solo que...

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de la vez que me lo pediste en la universidad? Lo hiciste de broma, porque no habías hecho una redacción que tenías que entregar. Te pusiste de rodillas delante del profesor.

—Sí. Pero no funcionó, el muy cabrón me amenazó con suspenderme.

—Pues una parte de mí deseaba que, algún día, volvieras a pedírmelo.

Ben alza la vista hacia el techo, lleno de globos blancos.

—Estás siendo exasperante.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Damos unas cuantas vueltas sobre la pista y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿De verdad creías que quería llegar a un acuerdo verbal para casarme? Soy abogado en el trabajo, no en mi vida privada.

—No, supongo que no —murmuro.

—¿Y crees que quería hacer ese acuerdo verbal para competir con las noticias de tu ex?

—No lo sé...

—¿No te diste cuenta de que tus padres no me sirvieron suficiente *whisky* la última vez que vinieron a comer?

—¿Qué?

Pensaba que era porque mi padre tenía que conducir.

Ben me aprieta la mano.

—¿Crees que no habría llamado a tu padre para pedirle permiso, no porque lo necesitemos, sino porque me hubiera dado una gran cita para el discurso, y después le habría pedido a tu madre consejo sobre anillos y luego me habría recorrido todas las joyerías de Manchester para encontrar algo adecuado para una ex gótica y lo habría guardado en el estuche de la Black &

Decker, que es el sitio perfecto para esconderte algo, aunque, para ser justos, también lo es para esconderme algo a mí mismo?

—Espera, espera, ¿me estás diciendo que...?

—Sí, pedazo de idiota. Siento no haber tenido mucho tacto a la hora de mantenerte en la inopia sobre mis intenciones, pero me pillaste desprevenido y necesitaba un poco de tiempo para prepararlo todo.

Acabo de perder completamente el ritmo de la canción. Dejo de bailar y me quedo mirándole.

—¿Pero...? Dijiste... Dijiste que no querías...

—Sí, lo dije. Quería que mi proposición fuera inesperada y emocionante. Pero no ha podido ser.

No sé cuándo me he puesto a llorar, pero noto una lágrima deslizándose a través de la gruesa capa de maquillaje que llevo. Ah, joder. Pero qué mujer de poca fe estoy hecha.

—Así que, muy bien, ahora me has arruinado la sorpresa. No me voy a poner a hincar la rodilla aquí y tampoco tengo el anillo. —Se inclina hacia mí para que nadie pueda escucharnos—. Pero Rachel Woodford, ¿quieres casarte conmigo?

Toso, me ahogo y me rio al mismo tiempo. Soy incapaz de encontrar las palabras y el corazón me late a mil por hora.

—Pues... No —digo cuando recupero el aliento—. Todavía no. No vamos a quitar el protagonismo a los novios. Pídemelo otra vez, tal y como lo tenías planeado y puede que mi respuesta sea otra.

Ben sonrío.

—Eres dura de pelar. Muy bien. A ver si a la tercera va a la vencida. ¿Quieres que te cuente una tontería?

Hago un gesto de asentimiento.

—La primera vez que te lo pedí iba en serio.

NOTA DE LA AUTORA

El mejor momento de todo escritor es cuando ~~ganas el Baley's Prize For Fiction y te das cuenta~~ los lectores te preguntan «¿y qué pasa después?». Me encanta esa pregunta. Pensar que los personajes que te has inventado han llegado a significar algo para alguien más y cobran vida en la imaginación de otra persona. Es todo lo que un escritor puede desear.

Con el poder de una deidad, si es que las deidades todavía llevan los pantalones del pijama a las diez y media, puedo ofrecer una respuesta en unos ciento cuarenta caracteres, o menos, todos los días en Twitter. El reparto todavía deambula por mi ático mental. Y no en plan Fritzl. Eso era un sótano.

Y de todos los personajes que he creado, sobre los que más me preguntaban eran Rachel y Ben, los estudiantes de filología inglesa de *Nada más verte* que necesitaron que pasaran diez años para terminar juntos.

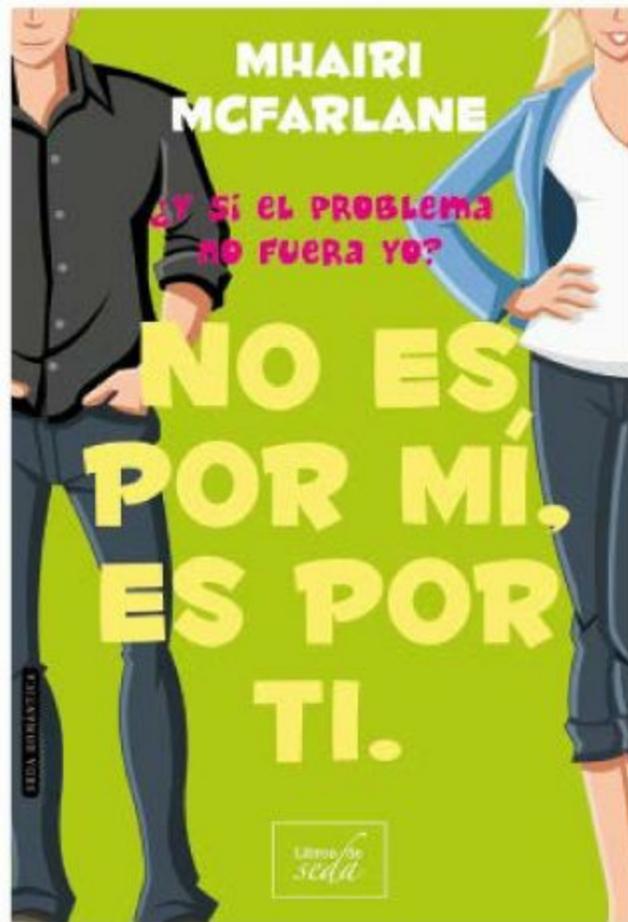
Parece que este par tenía algo con lo que la gente se identificaba. ¿Por qué la pregunta del «¿y si?» sobre aquel que dejamos escapar es tan universal? ¿Fue la broma del ir vestida como una vagabunda a una recogida de premios algo tan sorprendente? Sencillamente, no lo sé. Pero como fue el primer libro que publiqué, Ben y Rachel ocupan un lugar especial en mi corazón. Y también les tengo mucho cariño a sus amigos.

Así que, dejándome llevar por el espíritu del «y ¿por qué no?», aquí tenéis una mini historia de lo que les pasó después (a ellos y a su mundo). ¿Es posible hacerte un *fan fic* a ti misma? Lo he descubierto de la forma más dura. Es evidente que intentar satisfacer el deseo de qué pasa a continuación conlleva el riesgo de que algunos lectores terminen gritando: «NO, NO, NO, NO ME LOS IMAGINABA ASÍ PARA NADA». Bueno, entonces esto nunca ocurrió.

Para aquellos que os haya encajado esta segunda etapa de la vida de Ben y Rachel, espero que hayáis disfrutado de la lectura. El resto siempre podréis

decir: ¿No es una vergüenza que hicieran una secuela de *Matrix*, ah, y también de *Nada más verte*?

Mhairi x



Cuando tu novio se va con otra, te replanteas muchas cosas pero, ¿y si el problema no fueras tú?

Delia Moss no sabe muy bien en qué se ha equivocado.

Cuando le propuso matrimonio a su novio y descubrió que él se estaba acostando con otra, creyó que era culpa suya.

Cuando se dio cuenta de que la vida ya no volvería a ser lo mismo, pensó que era culpa suya.

Y cuando él le pidió que volviese, nada había cambiado, así que empezó a plantearse que, tal vez, no era culpa suya...

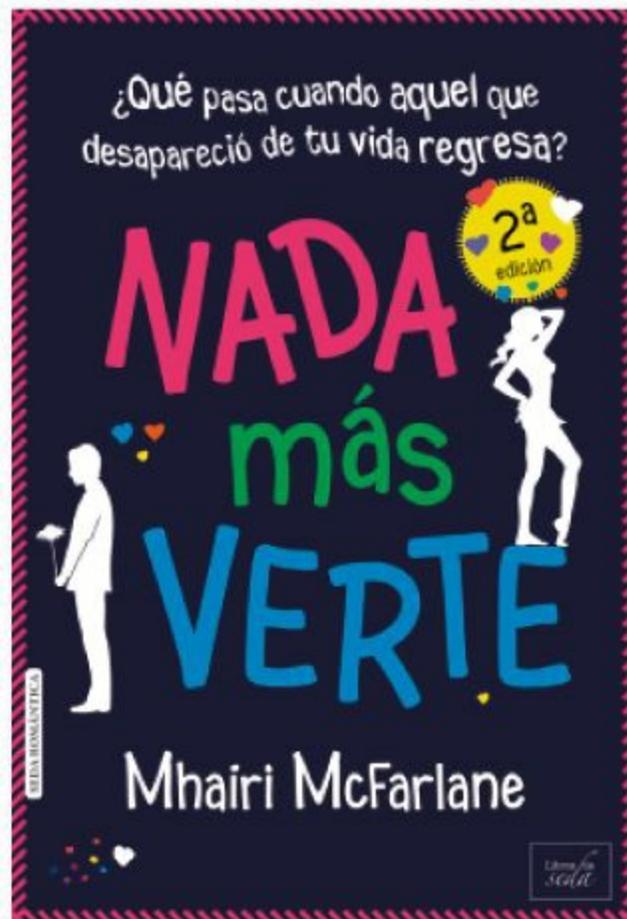
Desde Newcastle hasta Londres, ida y vuelta, con trabajos de tres al cuarto, jefes excéntricos y periodistas guapos que no la dejan en paz, Delia deberá encontrarse a sí misma... o por lo menos intentarlo.



¿Qué es lo que hace la novia en su boda? Besar al novio. ¿Y qué es lo que NO SE HACE EN UNA BODA? Pues besar al novio de la novia.

Cuando pillan a Eddie en una situación comprometida nada más finalizar la boda de unos compañeros de trabajo, todas las culpas recaen en ella. Rechazada por todo el mundo y muerta de vergüenza por lo que se publica en las redes sociales, su jefe le sugiere que se tome un año sabático. Él ya le ha buscado qué hacer durante ese tiempo: escribirá —como negra, claro— la autobiografía de Elliot Owen, un actor con mucho talento, unos abdominales increíbles y un engreído de proporciones épicas. Lo único que tiene que hacer es bajar la cabeza y llevarse bien con él. Fácil, ¿a que sí?

¿Conseguirá Eddie no meterse en ningún lío esta vez?



¿Qué pasa cuando aquel que desapareció de tu vida regresa?

Rachel y Ben. Ben y Rachel. Ha pasado una década desde la última vez que hablaron, pero cuando Rachel se topa con Ben un día, este tiempo parece desvanecerse.

Desde el momento en que se conocieron fueron dos, socios en lo peor y los mejores amigos. Sin embargo, la vida ha cambiado. Ahora, Ben está casado. Rachel no. De hecho, los hombres de su vida han hecho que casi acabe por querer tomar los hábitos...

Sin embargo, nada más verle, siente que, de nuevo, se reactiva aquella vieja amistad. ¿Conseguirá ahora, por fin, al amor de su vida?



¿Qué pasa cuando la última persona a la que querías ver es la que necesitas?

Aureliana regresa a la escuela después de quince años para una reunión de antiguos alumnos. Sin embargo, ese lugar no le trae buenos recuerdos: la llamaban «el galeón italiano» porque estaba gordita. Pero Aureliana ha cambiado mucho: es una mujer diez con una melena espléndida, así que nadie la reconoce cuando llega. Entonces, decide echarse atrás, abandonar su plan de venganza y escabullirse. Pero el destino se interpondrá en su camino y, tras la reunión, se topará con James —un pedazo de hombre que fue su amor platónico en el colegio—. Muy atractivo, sí, pero bastante feo por dentro. Sus destinos se entrecruzarán y algo inesperado surgirá entre ellos.

¿QUIÉNES SOMOS?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como Argentina, Estados Unidos, México, Colombia, Ecuador, Perú, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, librosdeseda.com, o síganos por cualquiera de las redes sociales más habituales. Y si quiere leer gratuitamente los primeros capítulos de nuestros libros visite: <https://issuu.com/librosdeseda>.



Table of Contents

[Título](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Nota de la autora](#)